EL PELUQUERO DEL EMPERADOR.

ama en cinco actos, arreglado del francés, por D. Ramon de Valladares y Saavedra, *representado con aplauso en el teatro de la Cruz, el 24 de diciembre de 1853.*

PERSONAS.	ACTORES.
CAT INA.	*Doña J. Cruz.*
S FINA.	*Doña A. Valero.*
LEON BONAPARTE. . .	*Don A. Malli.*
RTO.	*Don R. Farro.*
ONDE DE MONTALVAN.	*Don J. Garcia.*
EL.	*Don J. Banovio.*
OT.	*Don R. Mazo.*
OFICIAL *de artilleria.*	*Don R. Boubier.*
NIO, *hijo de Heberto.*	*Don V. Burgos.*
RIADO.	*Don E. Morante.*

tarios, granaderos de la guardia imperial, pueblo, nos y aldeanas italianas, Lacayos, cazadores del ejército de Napoleon, etc.

1796.

ACTO PRIMERO.

comun de una fonda pobre en París. Mesas por partes: puertas á derecha é izquierda, y una ven- ne dá á la calle. El foro se compone de un cierre stales que puede abrirse. Cuadros y un mapa geo- o tambien colgado en la pared.

ESCENA PRIMERA.

INA *sola. Al alzarse el telon se ocupa en arreglar s mesas. Dan las cuatro en un reloj de iglesia.*

! Las cuatro de la tarde! No se harán esperar ya cho nuestros numerosos parroquianos! Ya se vé!.. fonda tan modesta, que se come en ella por un co... Ay! si en vez de ser yo sirvienta, fuese ca- , me veria dueña, y no que me encuentro obli- a...

(*dentro.*) Catalina, Catalina!..

El amo!..

ESCENA II.

CATALINA, DUFLOT.

Catalina?

Señor, ya está todo dispuesto.

No es eso; sino que aun no me he afeitado, y ya s que no quiero presentarme nunca á mis parro- nos sin estar completamente rasurado.

CAT. (Tiene esa mania!)

DUF. Mi peluquero Heberto se descuida mucho. Llámale por la ventana. (*Catalina abre la ventana y observa.*)

CAT. El señor Heberto no está en su tienda. Miguel, Miguel! (*llamando.*)

MIG. (*dentro.*) Allá voy.

DUF. Cómo, Miguel?

CAT. Llamo á ese soldado que es barbero en su regimiento, y á quien ha tomado el señor Heberto por ayudante, interin dura la licencia temporal que le han dado.

DUF. De ningun modo quiero á ese rapa-barbas... un torpe que me desuella siempre!.. Nada! Mas quiero esperar á Heberto! (*vase.*)

ESCENA III.

CATALINA, MIGUEL. *Este en trage de medio soldado y medio paisano viene con los utensilios de barbero, afilando la navaja.*

MIG. A quién afeito? Calla! No está el viejo Duflot?

CAT. El viejo Duflot es como yo; quiere mejor al amo que al criado.

MIG. Gracias, patroncita... Sabeis que me alegro mucho de que esteis sola?..

CAT. Si, eh? Y por qué?

MIG. Porque... porque... Ay patrona! Teneis unos ojos y una boca, y un cuerpecito... Para qué andar con arrodeos... Yo soy soltero, vos lo sois tambien... quereis que uno y otro nos acompañemos?.. Se entiende, con el Pater Noster del cura?

CAT. Oidme, cazador... yo soy hija de una cantinera, y tengo tal desenfado con los militares, que no me trago ninguna... Es posible que un dia mi inclinacion me arrastre al ejército, á seguir la carrera de mi madre, á ser vivandera; pero si alguna vez me dá por casarme, estad seguro...

MIG. De qué, sol de los soles? (Ahora se me declara.)

CAT. De que nunca será con vos.

MIG. (Ya escampa!)

CAT. Y tambien os daré la razon; porque creo que amo á otro.

MIG. A otro? Y en dónde está ese perdido, que voy á afeitarle la nuez por el lado de adrento.

CAT. Ya! Como si el señor Heberto tuviese miedo de nadie.

MIG. Ah! Es mi amo!.. Entonces poned por abajo que no he dicho ná... Yo tengo mucho respeto al que me dá el pan... Pero, Catalina, no reflexionais que ese hombre tiene los cascos á la gineta; que se pasa todo el santo dia de Dios en correr de aqui para allá; que sueña despierto, y que no repara en el chorro de hermosura que ha derramado Dios sobre toda esa persona?

CAT. Sé muy bien que nunca me ha dicho nada de amor. Pero qué quereis... Ah! Aqui viene. (*en tono imponente.*) Cuidado cómo le decis nada de lo que hemos hablado! Cuidado!

MIG. Descúidad, prenda!.. Primero me... Pero mirad, mirad que aire trae.

ESCENA IV.

Los mismos, HEBERTO *entrando bruscamente y arrojando su sombrero sobre la mesa.*

HEB. Voto á los diablos del infierno!..

MIG. Digo! Cómo jura! (*á Catalina.*)

CAT. Estará de mal humor.

HEB. Buenos dias, Catalina. (*saliendo de su distraccion y dándole golpecitos en el hombro.*)

MIG. (*Miguel patea de rabia.*) Patron, quedaos con Dios!.. Media vuelta á la derecha, marchen! (*se dirige al foro.*)

HEB. Pero qué.. me dejas?

MIG. Os dejo para siempre.

HEB. Te has vuelto loco?

MIG. Yo me entiendo... y bailo solo... Mil felicidades, patron... mil felicidades, Catalineta... Divertirse, caballeros! Abur. (*esto lo dice medio llorando, hace un saludo militar y marcha corriendo por el foro.*)

ESCENA V.

HEBERTO, CATALINA.

HEB. Pero qué tiene el pobre Miguel?

CAT. Nada! Manias que se le han metido en la cabeza.

HEB. (*volviendo á caer en su distraccion y paseándose con precipitacion.*) Cuatro horas de faccion á su puerta... y habia salido muy temprano!.. Voto á Belcebú!

CAT. Y vos mismo, señor Heberto, qué es lo que teneis hace algun tiempo?

HEB. Es verdad, Catalina... me están llevando los diablos y... voy á contároslo todo...

CAT. (Si querrá á otra?)

HEB. Habeis de saber, que hace años, cuando concluí mi aprendizaje de barbero, en aquel tiempo en que el pan andaba muy caro; porque los pícaros tahoneros son insaciables...

CAT. Eso pasa todos los dias.

HEB. Por entonces volvia yo una mañana de afeitar á un parroquiano manoseando un pedazo de pan negro, cuando veo á una pobre vieja que estaba en ayunas hacia tres dias: todos los pilluelos del barrio corrian tras ella gritando. «Es una bruja... dice la buena ventura.» Me compadecí de ella; apaleé á los pilletes, y acercándome á la infeliz, la dige partiendo el pedazo de pan en dos: «Quereis la corteza ó la miga! Escoged.»

CAT. Sois vivo, pero teneis buen corazon.

HEB. Si vierais como devoraba el pedazo de pan!.. Se me saltaron las lágrimas, como soy Heberto! «Jóven, me dijo entonces, me has salvado la vida y voy á pagarte: dame tu mano.» Ahi vá, dije; y ella añadió: «tu buena accion te hará feliz; te predigo que un di entrarás al servicio de un hombre que hará tu fortuna; de un hombre que será un héroe!»

CAT. Y lo habeis creido?

HEB. Ya sabeis que soy un poco supersticioso... pero y habia olvidado la prediccion, cuando mi padre, cab de zapadores, volvió á París del sitio de Tolon, par entrar en los inválidos con una pierna menos; y el po bre cojo me contó unas cosas de un general jóven quien habia visto por allá!.. «Será un héroe, me de cia, todo un héroe el general Bonaparte!» Y tant me habló de Bonaparte, que recordé la prediccion; un dia, despues de un sueño muy agitado, me levant diciendo: «este debe ser mi hombre! Este debe se mi héroe!»

CAT. Pero nada de eso me esplica...

HEB. Esperaos: al fin de la última década, supe que e general estaba en París, y que olvidado por el direc torio, se habia visto obligado á despedir hasta á s peluquero... entonces me deshice de la tienda, y m puse en marcha... y aun cuando nada he conseguid hasta ahora... juro que hoy lograré mi deseo, ante que otro peluquero se me adelante... Dirán que so un loco... un maniático..! Poco me importa!.. Y quiero mi héroe; quiero á mi general!

CAT. Es estraño!.. No puedo esplicarlo, pero al oiros ha blar asi, me parece que me comunicais vuestro entu siasmo... Sin conocerlo me agrada vuestro general Ah! Es que soy hija de valientes, y adoro á aquell que son de mi familia!

HEB. Catalina... Dadme un abrazo. (*la abraza.*)

CAT. (Acaso me amará un dia! Al menos estoy segur de que no ama á otra.)

HEB. Ahi teneis ya á vuestros parroquianos.

(Entran sucesivamente muchas personas que van sentarse á las mesas. En medio de ellas viene un estran jero, cuyo esterior revela un hombre de mundo. Tom asiento en primer término, en una mesa de la derecha Catalina llama: los mozos vienen y el servicio comienza.)

CAT. Hasta despues, señor Heberto. Voy á decir al se ñor Duflot que estais aqui.

ESCENA VI.

HEBERTO, MONTALVAN, *á la mesa. Mozos de la fon da. Despues* BONAPARTE *con uniforme de artilleria, e trage modesto.*

HEB. Si... es preciso absolutamente que le vea hoy. Pero cómo me arreglaré, puesto que no se halla e su casa? Necesito tomar noticias... (*viendo entrar oficial Bonaparte.*) Ah! Un oficial de artilleria... e es el arma en que sirve. Este podrá tal vez deci me...

MON. (*saluda á Bonaparte que le devuelve el saludo que va á colocarse en primer término á la mesa i quierda.*) El es!.. Esperemos á que este hombre marche. (*que ha visto entrar á Bonaparte.*)

HEB. Señor oficial!.. (*acercándose á la mesa en q está Bonaparte y le saluda profundamente.*)

BON. Dos cubiertos. (*al mozo, y tomando un periódico*)

HEB. (Me convidará á comer?)

BON. Espero à un amigo. (*al mozo que le sirve y pone á leer.*)

HEB. (Ah! Entonces no es á mi.) Perdonadme, señ oficial, si os molesto; pero como creo que sois artill ro, quisiera preguntaros si conoceis por casualida al general Bonaparte?

BON. Qué? (*alzando la cabeza.*)

HEB. Si, al héroe del sitio de Tolon.

BON. Le conozco, buen hombre.

H. Tengo que decirle una cosa muy urgente.
B. Pues hablad... y estad seguro de que lo sabrá todo por mi.
H. No puede ser... tengo que hablarle á él mismo.
B. (Algun importuno!.. Librémonos de él.)
H. No habiéndole hallado esta mañana en su casa, desearia saber en dónde pasa el dia.
B. Todo lo que puedo deciros es, que está invitado hoy á una gran comida, en la casa de Legacque. (*vuelve á leer.*)
H. A dos pasos de aqui!.. Gracias, mi oficial, gracias! (Me descuelgo en medio del festin y le hago mi demanda.)
D. (*dentro.*) Heberto, ya tengo el peinador puesto...
H. Bien, bien!..
D. (*dentro.*) Que se enfria el agua!
H. Esperadme un instante... soy con vos en seguida. (*sale corriendo por el foro.*)

ESCENA VII.

MONTALVAN, BONAPARTE. *Parroquianos al fondo en los dos costados; mozos.*

M. Buenos dias, Bonaparte. (*viendo salir á Heberto despues acercándose á la mesa en que está sentado Bonaparte, le dice á media voz.*)
B. Montalvan! (*levantándose y viniendo los dos al primer término.*)
M. Si, tu antiguo camarada en la escuela militar.
B. Es verdad; rivales desde la infancia.
M. Rivales, pero no enemigos.
B. Entramos el mismo dia...
M. Y salimos tambien juntos.
B. Ambos como tenientes de artilleria.
M. Desde entonces se separaron nuestros destinos.
B. Qué cosa mas natural! Tú eres noble... y yo del pueblo..
M. Pero tú eres hoy oficial general, y á mi, al ilustre heredero de los condes de Montalvan, me ha privado la revolucion, de todos mis bienes y de todos mis títulos. Los nobles lo hemos perdido todo!
B. Tambien podeis reconquistarlo.
M. No te comprendo.
B. Te acuerdas de las lecciones de nuestro anciano profesor de historia?
M. No mucho.
B. No habrás olvidado al menos la historia del tribuno Rienzi? (*animándose.*) Tenia entre sus manos al jefe de la familia de los Colona; el apoyo de los patricios. Entonces, despojándole de todas las distinciones de su raza, las arrojó á sus pies, y poniéndole una espada en la mano le dijo: «marcha contra los enemigos de la república amenazada; marcha, que Roma no será ingrata.» Colona tomó la espada, marchó con el pecho descubierto y volvió triunfante á ver á Rienzi.» «Bien, esclamó el tribuno, eres un valiente! En nombre del pueblo te he despojado de esas insignias; en nombre del pueblo te las restituyo!»
M. (*despues de un movimiento que reprime.*) No creo que tú trates de comparar al Directorio con el tribuno de Roma.
B. Por qué no?
M. (*con mofa.*) Porque es fácil adivinar lo que haria por sus enemigos, cuando se vé lo que hace por sus amigos.
B. (*mirando su trage modesto.*) Si... lo dices por mi, no es verdad?
M. Escucha, Bonaparte; la revolucion lo ha destruido, lo ha trastornado todo... Nuestros bienes confiscados, nuestras familias proscriptas... Yo tenia una muger y un hijo, mi única alegria, mi sola esperanza... Mi muger y mi hijo están ahora en el estranjero. Habiéndome quedado en Francia como el último de los de mi opinion, estoy á punto de salir. (*Bonaparte hace un movimiento.*) Oh! Estoy en regla! No temas nada! Pero si te he buscado por todas partes, si he venido para encontrarte hasta este lugar oscuro, me ha guiado solamente el recuerdo santo de una amistad antigua y verdadera.
BON. No te comprendo.
MON. Es preciso olvidar nuestras añejas disensiones y reunirnos contra el enemigo comun.
BON. Esplícate; temo adivinar...
MON. Hasta ahora no has servido mas que á ingratos que te desprecian... El eco de las baterias de Tolon no ha resonado en los oidos del Directorio.
BON. Pero lo ha escuchado mi pais.
MON. Acuérdate de Coriolano!
BON. Acuérdate de Régulo!
MON. El uno se vengaba!
BON. El otro moria por su patria.
MON. Renuncia á inútiles esfuerzos: mira la Francia atacada por todas partes; diez ejércitos marchan hácia sus fronteras.
BON. Catorce de voluntarios del pueblo corren á su defensa.
MON. Sin oficiales...
BON. Los oficiales los hace mejor el fuego, que el capricho del que manda.
MON. Sin víveres, sin artilleria...
BON. La tiene el enemigo para nosotros.
MON. Loca esperanza!.. Sígueme, Bonaparte! En Italia hay tesoros... Olvida á los que te desdeñan... partamos juntos, y doy á mi causa un hombre como tú... La fortuna está del otro lado de los Alpes!
BON. Yo quiero conquistarla con la espada en la mano.
MON. Rehusas mis ofertas?
BON. Basta! Mira! (*señalando afuera.*) Aquel es uno de mis compañeros de armas; no añadas una palabra mas, porque no te escudaria para con él la salvaguardia de la amistad.
MON. A Dios, ciudadano general.
BON. (*bruscamente.*) A Dios, señor conde.
MON. Enemigos eternos.
BON. Como querais. (*en el momento en que sale Montalvan, entra el oficial y le mira con insolencia.*)

ESCENA VIII.

BONAPARTE, *el* OFICIAL.

OFI. Me dá el corazon que ese hombre es pájaro de mal agüero... tiene un olorcillo á noble...
BON. Vienes del ministerio (*saliéndole al encuentro.*) de la guerra? Nos pagan lo atrasado?
OFI. Dicen que no hay dinero.
BON. Entonces, vámonos.
OFI. Y comer?
BON. Y pagar?
OFI. En verdad que este endemoniado viejo de Duflot no quiere fiarnos por mas tiempo... pero tengo un medio para humanizarle...
BON. Bien: despachemos sin demora; estoy bastante inquieto con las noticias que acabo de leer en esos periódicos.
OFI. (*que se ha levantado.*) Ya lo creo... que ha de esperarse de esos generales de papel que escogen? Pero tú tienes la culpa; no vas á ninguna parte... y mientras que Barrás come pavas trufadas, el general Bonaparte engulle bazofia en el fonducho mas miserable de todo París.

Bon. Quieres que vaya pregonando mi destreza, para dar armas á los enemigos de la república?
Ofi. Por qué has rehusado hoy tambien la gran comida de los oficiales en la casa de Lagacque?
Bon. Porque quisiera dar y no recibir siempre.
Duf. (*desde fuera.*) Heberto! Heberto!
Bon. Silencio! La voz del patron.
Ofi. Si; nuestro enemigo natural.

ESCENA IX.

Los mismos, Duflot, *trae el peinador puesto y entra con enfado.*

Duf. A dónde diablos ha ido?.. Señores dispensadme si me presento sin afeitar. Ola! (*viendo á Bonaparte.*) el oficialito de artilleria con su amigo... Un par de piezas que comen mucho, pero que pagan poco.
Una voz. (*fuera.*) El estraordinario! El botin del ejército de Italia!
Todos. Noticias de Italia! (*levantándose.*)
Duf. (Yo voy á exigirlos que me paguen.)
Bon. (*para si.*) Será una victoria ó una derrota? Tiemblo á cada nuevo boletin!.. La indecision de ese general enfrente de un enemigo activo y numeroso!..

ESCENA X.

Los mismos, Catalina.

Cat. El boletin! (*entra corriendo con un papel en la mano.*) El boletin!
Bon. Dadme! (*tomándole.*)
Cat. Vaya! Con franqueza!
Bon. Qué veo!.. (*todos le rodean.*) El general en jefe rechazado. El ejército francés arrollado en toda la línea!.. Ya lo habia previsto... Pero no está perdido todo, porque el gobierno llama á las armas á todos los voluntarios.
Todos. Noticias! Noticias!
Bon. Amigos, es preciso correr á las armas!!! A las armas!
Todos. Si, si! A las armas! (*salen tumultuosamente.*)

ESCENA XI.

Bonaparte, *el* Oficial, Duflot *y* Catalina.

Duf. Eh! Canallas!.. Pues no se marchan sin pagar!
Bon. Ah! Imbéciles!.. (*al oficial.*) No comprenden esa campaña de Italia tan bella, tan fecunda en resultados!
Duf. Estoy perdido! Solo me quedan esos dos tramposos!
Bon, No, no es asi como se podria conquistar la Italia! Ah! si hubiese una carta! (*quedando pensativo.*)
Duf. Qué es eso? Pedís la cuentecita? Vuelvo! (Van á pagarme! Sigueme, Catalina, para que hagamos la suma. (*vase derecha.*)
Cat. Voy mejor á saber lo que pasa. (*vase foro.*)

ESCENA XII.

Bonaparte, *el* Oficial.

Ofi. Pides una carta? (*viendo la que está colgada en la pared.*) Aqui hay una. (*la arranca bruscamente y la pone sobre la mesa.*)
Bon. No se han aprovechado de la victoria de Loano, es preciso alcanzar otra.
Ofi. Si. (*con un lapiz en la mano.*)
Bon. Obligar bruscamente al rey del Piamonte á hacer la paz.
Ofi. Se le dice; viejo, quítate de ahi para ponerme yo.
Bon. (*sin oirle.*) Aníbal franqueó los Alpes: yo les doy vuelta; mientras que Bouchién cree que voy á caer sobre los Genés por el litoral; me oculto, de repente me arrojo en la senda que atraviesa el Apenino; arrollo el centro del ejército enemigo, y desemboco victoriosamente del lado allá de los montes! Millesino me es necesario para dominar el Piamonte; Dego para abrirme el camino de la Lombardia; y dueño de estos dos puntos, caigo á mi capricho, sobre el Austria ó sobre el Piamonte.
Ofi. Sobre ambos á la vez.
Bon. Y la Italia es nuestra. (*con entusiasmo.*) Pero en qué locura estoy pensando! (*cambiando de repente de tono.*) Podrá nunca este oscuro general pretender un nombre ni un mando tan importante? (*rechaza la carta y se aleja tristemente de la mesa.*)
Ofi. No, no será asi... (*para sí.*) Tengo una idea y la realizaré. Corro al momento. (*coje el plan trazado por Bonaparte y se lo guarda.*)

ESCENA XIII.

Los mismos, Duflot.

Duf. Señores, dispensadme si me presento sin afeitar, pero...
Ofi. Ya lo sabemos!.. (*interrumpiéndole.*) Qué es lo que quieres?
Duf. La cuentecita... (*dirigiéndose á Bonaparte.*)
Ofi. Si no teneis un poco de paciencia, os corto ambas orejas.
Duf. Orejas de mi corazon! (*huyendo.*)
Bon. Pero... (*con severidad.*)
Ofi. Esto no te concierne... Viejo Duflot, contad con mi palabra! Al Directorio. (*ap. saliendo.*)

ESCENA XIV.

Bonaparte, Duflot.

Duf. Esto se llama arruinarme!
Bon. Oidme, buen hombre; es justo que se os pague, y voy á hacerlo.
Duf. Vivan los oficiales de artilleria! Tocad esos cinco.
Bon. Esa es una cosa que no os debo... á falta de dinero, os puedo ofrecer una prenda, que os bastará.
Duf. (A que es el retrato de su querida?)
Bon. Pero os exijo el secreto... seguidme á mi casa. (*sale por la derecha.*)
Duf. Pues! Y me manda como si fuese un perro!.. Por Dios, Catalina, enviame á mi barbero! (*entra á la derecha.*)

ESCENA XV.

Catalina, *despues* Miguel.

Cat. Qué movimiento! Qué alarma! todo está en revolucion en el barrio!.. Apenas se ha divulgado la noticia, todos han gritado: «á la frontera, á la frontera!» Los tambores corren por todas partes... los voluntarios se organizan... las mugeres abrazan á sus maridos ó á sus amantes, y por sí mismas les ponen el saco á la espalda!.. Oh! que magnífico es el espectáculo de un pueblo que se levanta, para defender su independencia y su libertad! Yo no sé lo que siento!.. Pero corre fuego por mis venas... Mi corazon late como nunca... la sangre de la vieja cantinera se comunica á la mia... (*con exaltacion.*) Voto á cien legiones de demonios!.. Si en vez de estos trapos tuviese yo unos calzones!.. Fuego de Dios!
Mig. Salud, patrona. (*entra con uniforme y carabina.*)
Cat. Os vais, Miguel?
Mig. Voy á buscar mejor fortuna contra los enemigos.
Cat. Pero no os dejeis matar.
Mig. Y qué me importa la vida sin vos! Sed feliz con el otro, y si quiere Dios que enviudeis, aun cuando pierda una pierna, echaré á correr con la otra para ofreceros mi mano.

(T. Pues salud y fortuna!
IG. Salud y fraternidad. (*se dirige al foro y vuelve de repente.*) Voto vá! que vivandera mas arrogante hariais!
T. Ah! no me digais eso, Miguel, porque me acometen unas ideas... Cuando veo el traje de mi madre!..
IG. Qué guapa moza era!
T. Con aquel sombrerillo acribillado de balas... Esto prueba que nunca bajaba la cabeza.
IG. Me parece que os estoy viendo en un dia de accion.
T. Qué hermosa debe ser una batalla! (*animándose por grados.*)
IG. Divino!
T. El ruido del cañon, el olor de la pólvora... la voz de los jefes que os gritan, á ellos!
IG. A la carga!
T. A la bayoneta! Ran! tan! Plam!.. y luego las copas de rom!.. El cigarro en la boca!.. La cara feroche! Hum!.. Sabeis mandar el ejercicio, Miguel?
IG. Vaya una pregunta!
T. Venga esa carabina, á ver si yo lo recuerdo. (*la coje y se cuadra descansando sobre las armas.*) Mandad.
IG. Firme! (*lo hace.*) Presenten, ar!.. al hombro, ar! Carguen á discrecion; preparen ar, apunt... Fuego!.. Soberbio! Sois un veterano!..
T. Si, pero desgraciadamente Heberto es paisano... (*le devuelve la carabina.*)
IG. Es verdad... me habia olvidado de ese galopin...
AT. Silencio! El es!

ESCENA XVI.

Los mismos, HEBERTO.

EB. Viva la nacion! (*corriendo como un loco, tirando su sombrero por alto.*) Viva la independencia! Viva todo el mundo... hasta el gobierno.
IG. Si se habrá vuelto loco? (*á Catalina.*)
EB. Ay amigos mios, abrazadme... estrujadme... No puedo hablar de alegria... se me caen las lágrimas como á un chiquillo! Viva el gobierno! No sabeis nada?.. Yo sí lo sé... yo si... acaba de ser nombrado... Ay que alegria!.. No me cabe en el pecho... acaba de ser nombrado...
IG. Pero quién?
EB. No lo he dicho? El!
AT. Pero quién es él?
EB. General en gefe del ejército de Italia...
AT. Mas á quién han nombrado?
EB. A mi hombre, á mi héroe, á mi general... á mi Bonaparte.
CAT. Y qué?
HEB. Cómo, y qué?
MIG. Valiente tonteria!
HEB. Si vuelves á decir eso de mi Bonaparte, te envio las muelas á la frontera.
CAT. Pero lo habeis visto? Os ha agregado á su comitiva?
HEB. No, no estaba en donde me digeron, pero al atravesar las Tullerias, veo á todo el mundo subido sobre los bancos, sobre las sillas... leian las noticias de Italia; y añadian: «Bravo! Han nombrado á ese joven general... viva Bonaparte.» Entonces me eché las piernas al hombro, empujando á cuantos encontraba, para comunicaros la nueva; para decírtela á ti, Miguel; para anunciarla al viejo Duflot... para espetársela á todo el mundo. Ay! No puedo mas!.. no puedo mas! (*se deja caer sobre una silla, abanicándose con su sombrero.*)
CAT. Bebed! Bebed! (*presentándole un vaso.*)
HEB. Gracias!.. (*despues de beber.*) Bien lo habia yo adivinado!.. Oidme!.. Tengo una idea!.. Como el general pasará revista á los voluntarios antes de partir, he dispuesto salir del primer grupo... asi! Me presento descaradamente á él, y le digo con la mano puesta en la frente. «Mi general, necesitais un peluquero? Aqui lo teneis! Hemos nacido el uno para el otro.
MIG. Ja! ja! Ya vereis el pescozon que os arrima.
HEB. Y por qué?
MIG. Vaya!.. No seais bobo! Mirad! Ahi llega un oficial... Quizás venga en coche por vos...
HEB. Miguel, cuidado conmigo!
CAT. Ea! Que haya paz!

ESCENA XVII.

Los mismos, el OFICIAL.

OFI. En dónde está el dueño de la fonda?
CAT. Qué quereis?
OFI. Decidle que el general Bonaparte me envia por la prenda que le ha dejado en pago de lo que le debemos.
CAT. El general Bonaparte?
OFI. Si; pues no os admirais poco! El general Bonaparte, mi camarada; el que comia ahi conmigo hace poco...
HEB. Cómo!.. Era... (*estupefacto.*) aquel hombrecito... aquel... y yo que he hablado con él... y yo que corria como un loco buscándole, cuando estaba!.. Imbécil!.. estúpido!.. (*tira su sombrero, lo patea y se dá de mogicones.*) Ignorante!. Pero yo le veré... le veré hoy mismo.
OFI. No es posible, porque el general acaba de montar á caballo, y á estas horas galopa camino de Italia. (*se pone á examinar la nota de lo que deben.*)
CAT. Ya veis, Heberto, que es preciso renunciar...
HEB. Renunciar! Jamás! Vá á Italia? Pues yo tambien iré.
CAT. (Y me he de quedar yo aqui?)
MIG. Bien, patron! (Con eso no se quedará al lado de ella!)
HEB. Sigueme, Miguel... voy á hacer una que sea sonada! (*se lo lleva corriendo.*)
CAT. Y me deja sin decirme nada? Bueno! Yo tambien le probaré que tengo carácter! (*entra á la derecha.*)

ESCENA XVIII.

El OFICIAL, *solo. Despues* DUFLOT.

OFI. Aqui queda lo que debemos, con las propinas. (*mostrando una bolsa.*) Qué magnífica idea tuve al llevar al Directorio el plan de Bonaparte!.. Al verlo se entusiasmaron, y su nombramiento fué cosa de un instante. Pero antes de partir me dijo: «toma la paga que me han dado, y abona cuanto debamos.» Pero tarda mucho ese judio! (*se oyen tambores á lo lejos.*) El tambor se acerca, y he de tomar el mando del primer batallon de voluntarios. (*llamando.*) Patron de Barrabás!..
DUF. Perdonad si me presento sin afeitarme...
OFI. La prenda!
DUF. Ya os la traerán... Pero no os habeis portado bien hace poco.
OFI. Tomad. (*tirándole la bolsa.*)
DUF. Ah! Os habeis portado perfectamente! (*el ruido del tambor se ha ido acercando; despues se vé aparecer la primera brigada de voluntarios con bandera y música á la cabeza. El oficial se vá al foro.*) Catalina me ha dicho que Heberto se hallaba aqui... preparémonos para que me afeite. (*se sienta y se pone al re-*

dedor del cuello un mantel.) Heberto! Heberto! Ya estoy! Heberto!

ESCENA XIX.

Los mismos. Despues, sucesivamente, HEBERTO, MIGUEL, CATALINA.

HEB. Presente! (*apareciendo con mochila y fusil.*)
DUF. Ah! A dónde vas, desgraciado?
HEB. A Italia.
DUF. Miguel, Miguel?
MIG. Presente! (*entrando del mismo modo.*)
DUF. Y tú, á dónde vas?
MIG. A Italia.
DUF. Pero señor; á mi me hace falta un barbero... Tal vez Catalina... Catalina? Catalina?
CAT. Presente! (*en trage de vivandera con la espada de Napoleon en la mano.*) Voy á Italia á acompañaros. (*á Heberto y Miguel.*)
TODOS. A Italia! (*los voluntarios empiezan á desfilar; Duflot desolado se deja caer en una silla.*)
DUF. Dios me favorezca!
OFI. Y la prenda?
CAT. Tomadla, mi oficial!
OFI. Su espada!.. (*en primer término alzando la espada de Napoleon.*) De esta espada hablará todo el mundo! (*cae el telon cuando termina el desfile en los vivas y la música guerrera.*)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Un campamento en Italia; 1798.

Mil tiendas y barracas. A la derecha colocada oblícuamente una tienda de barbero, sobre la cual se lee. «A la navaja de honor.»

ESCENA PRIMERA.

HEBERTO, MIGUEL, granaderos. Al alzarse el telon el teatro ofrece la vista de un campamento animado. En el foro varios pelotones hacen el ejercicio y maniobras militares; otros comen el rancho: algunos juegan á las cartas sobre un tambor: otros limpian las armas: á lo lejos se oyen los tambores ensayando los ejercicios. Heberto en primer término dá leccion de sable á un voluntario. Miguel apareja las legumbres á la puerta de la cantina.

HEB. Ese brazo mas alto... ese pié mas recto, torpe!.. Tírate al fondo!.. Descarga sin miedo!.. No huyas!.. A la cabeza, torpe!.. Mira, pareces un soldado de papel!.. Anda, vete al diablo! (*tira el sable.*)
TODOS. Ja! ja!
MIG. Por qué no te limitas á lo que dice tu barraca? «A la navaja de honor.»
HEB. Porque quiero servir al ejército en cuanto me sea posible.
MIG. Y por qué no pides, visto tu talento, que te nombren maestro de esgrima del general en gefe?
HEB. Miguel... te tengo dicho que no quiero bromas respecto á mi general.
MIG. Tu general? Pues no lo es de todos? Yo reclamo mi parte. Y no olvido que á tambor batiente nos ha traido hasta las cercanias de Milan... Pero lo que no puedo sufrir es, que los otros estén con él dándose tono en Milan, y que la brigada 32, esté aqui acampada.
HEB. Pues qué, no sabes que hoy viene el general á visitarnos, segun dicen?
TODOS. Bah! bah! bah!
HEB. Oh! qué felicidad si viene! (*con fuego.*)
MIG. Ya vuelve á sus locuras! Pero qué es lo que te ha hecho Bonaparte para que le adores asi? Qué es lo que has obtenido?
HEB. Paciencia! Ya vendrá! Una vez... (*movimiento de curiosidad, todos se agrupan alrededor.*) Estábamos aun en los Alpes... Yo formaba parte de la segunda division, y como aquel dia el general debia revistarnos, quise darle una idea de lo que yo era, á ver si le infundia el pensamiento de nombrarme su peluquero. Y qué es lo que hago? Afeito, pelo, acicalo y lleno de pomada, (por supuesto, gratis) á toda mi compañia. Llega el héroe chiquirritin, y de repente... zás! Se queda parado delante de nosotros, como una estátua de palo. Entonces doy dos pasos al frente, retorciéndome estos pelos, y le dige con mucha modestia: »Ciudadano general; yo soy quien paga todo esto.» Que alegria para mi!.. Engordé en aquel momento lo menos dos varas. Y sabeis lo que me contestó?
TODOS. El qué? el qué?
HEB. Ni una palabra. Pero se sonrió como quien dice: eres un perillan de provecho, y no te olvidaré.» Partió á galope, y se acabó el lance.
MIG. Y es ese todo el favor? Je! je!..
HEB. Mira, Miguel; mas te valiera cumplir con tu obligacion, para que tu muger, la vivandera Catalina, no tuviese que regañarte á cada momento.
MIG. La hubieras tú hallado mas amable si te hubiese elegido para esposo, en vez de haberme elegido á mi?
HEB. Yo no pienso en el matrimonio; yo no tengo en mi cabeza mas que una idea!..
MIG. Sabes que ha sido lance! Siguió al ejército por ti, y yo me he casado con ella.
HEB. Cállate; ahi viene tu comandante.
MIG. Mi muger! (*se vuelve á aparejar las legumbres.*)

ESCENA II.

Los mismos, CATALINA.

CAT. Bebed, muchachos, bebed.
TODOS. Viva la vivandera Catalina! (*agrupándose al rededor de ella.*)
HEB. Como vamos!.. (*yendo á ella.*) Estrella del ejército! (*Catalina le vuelve la espalda sin responderle.*) (Qué tendrá contra mi?)
MIG. (Desde que soy su marido, no le puede aguantar!)
CAT. (*á los soldados.*) Ya lo veis, camaradas; siempre buena y pronta á serviros... lo que es por mi, voto al diablo, no os quedareis en el camino. (*ruido fuera.*)
TODOS. Qué es eso?
CAT. (*mirando.*) El peloton de jóvenes italianas que viene á traer semanalmente al campo frutas y legumbres para nosotros.
TODOS. Vivan las mugeres italianas!
MIG. Y las legumbres!
HEB. Se me figuró que era mi hombre. En fin, divertámonos entretanto!.. Qué ojos! (*se acerca de nuevo á Catalina, que le mira con cólera.*) Buscaré otros mas amables. (*corre con los demás soldados al encuentro de las jóvenes que llegan con canastas en la cabeza, cestas en el brazo, flores etc.*)

ESCENA III.

Dichos, paisanas italianas.

CAT. Eh! camaradas! (*á los soldados que cortejan á las jóvenes á quienes hacen correr.*) Respetad al bello sexo. Bailad con esas muchachas, que se envanecerán mucho, teniendo por parejas á los valientes del ejército de Italia.
TODOS. Si, si! A bailar! (*baile.*)
MIG. (*acercándose con timidez á Catalina, mientras*

que se arreglan las parejas.) Quereis, mi coronel, que dé un par de patadillas al aire?

AT. No lo mereces, pero dalas. (*Miguel se incorpora á los del baile y empieza la danza. Entretanto Heberto quiere hablar á Catalina que le rechaza.*) Ea! dejad esos regalos, y marchaos, no vengan los jefes.

IEB. Vivan las hermosas italianas!

ODOS. Vivan! (*acompañándolas.*)

IIG. (Quién pudiera ir detrás de ellas!)

AT. Miguel, mete esas legumbres en la cantina.

IIG. Te casaste, te enterraste!

ESCENA IV.

HEBERTO, CATALINA.

IEB. Dos palabras, Catalina. (*Catalina vá á marcharse, y la detiene por el brazo Heberto.*)

AT. Y si no quiero oirlas? (*retirando su mano bruscamente.*)

IEB. Pero qué es lo que teneis contra mi?

AT. Tengo... que aborrezco á los hipócritas!

IEB. Y qué? (*asombrado.*)

AT. Os lo diré sin rodeos, señor militar; nada tiene de estraño que no se quiera á una muger que ha hecho la locura de seguiros hasta Italia; pero entonces se le dice francamente: «Catalina, perdeis vuestro tiempo, porque otra muger me ha dado flechazo!» He aqui como se habla cuando se tiene educacion.

HEB. Amar yo á otra?

CAT. Me creeis tan tonta, que no haya tomado informes? Por último... vos habeis sido causa de que en mi despecho me haya casado con Miguel... y esto no os lo perdonaré nunca.

HEB. Si comprendo una palabra, que me den cien palos sobre el tambor.

CAT. No lo comprendeis, eh? Pues dime... mal soldado, qué es lo que vás á hacer casi todos los dias á la aldea inmediata, á la casa de Marta, la hija del pescador?

HEB. Oh! Silencio!.. (*turbado.*) Silencio, Catalina!..

CAT. Y aquella niña misteriosa, oculta con tanto cuidado!

HAB. Por Dios, ni una palabra! Escucha, Catalina; tú tienes buen corazon y te lo diré todo. Esa niña no es mia.

CAT. Pues quién te la ha dado? Porque no creo que te haya caido del cielo!

HEB. Por el contrario; (*muy sériamente.*) creo, Catalina, que es un regalo de Dios... nuestro jefe universal. (*con la mano en la gorra.*)

CAT. Habla, Heberto, habla. (*con mas dulzura.*)

HEB. Te acuerdas de la toma del castillo de Alkera, hace algunos meses?

CAT. Si.

HEB. Qué quieres? Las leyes de la guerra! Entramos á la bayoneta por una brecha, saltando por encima de los cuerpos de nuestros bravos camaradas, que llenaban el foso. Ya sabes lo que es, Catalina, ver que se acuesta para no levantarse nunca, á aquel cuya mano acabamos de estrechar!.. Eramos leones furiosos... Y yo mismo me sentia con tanto valor, que mi único deseo era dar muerte á cuantos se me presentasen... De repente veo en una sala, cuya puerta acababa yo de echar abajo, á una muger jóven y hermosa... una pobre madre, tendida junto á la cuna de su hijo.

CAT. Una madre! Y la socorriste; no es verdad?

HEB. Una bala la habia herido mortalmente. Al verme esclamó con voz apagada. «Quien quiera que seais, salvad, salvad á mi hija... Ahi, en esa cuna están sus títulos de fortuna...vereis el nombre de su padre...pero no los confieis mas que á él... á él solo... Los que nos despojan, harian desaparecer á la única heredera de nuestros bienes.»

CAT. Y despues?

HEB. Yo escuchaba... pero... (*enjugando sus ojos.*) pero!.. Murió la infeliz muger!.. Murió señalándome con su mano desfallecida á la pobre niña, que sonreia tendiéndome los bracitos como pidiéndome auxilio!.. En dos tiempos cargué á cuestas con ella y la metí en el saco, y atravesando las nubes de polvo y de humo, la llevé á la casa de una nodriza, como un avaro que salva su tesoro.

CAT. Pero esos títulos, esos papeles?..

HEB. Míralos! Los llevo siempre conmigo.

CAT. Conocerás el nombre de su padre, porque los habrás leido.

HEB. Para leerlos era necesario que yo supiera leer... y qué quieres! Se les olvidó enseñarme. Mas como tengo confianza en tí... Dime que es lo que rezan. (*le presenta los papeles.*)

CAB. Si yo tampoco sé leer!

HEB. Pues estamos bien!

CAT. Miguel es un parlanchin y no debemos fiarnos de él.

HEB. Ya sé el medio... (*dándose un golpe en la frente.*) Cuando á mi se me pone una cosa aqui, soy duro como una piedra!.. Aprenderé á leer.

CAT. Famosa idea! Y de aqui á allá, si se nos pregunta por la niña, desconfiemos de todos! Ocultemos su nacimiento, como lo ha recomendado su pobre madre... y esta niña será mi hija!

HEB. Bien, Catalina!

CAT. Por qué no me has hecho antes esa confianza? Decir que me he casado con ese tonto de Miguel... (*Miguel tararea.*) En fin, venga un abrazo y no hablemos mas. (*Heberto la abraza.*)

ESCENA V.

Los mismos, MIGUEL.

MIG. Qué es esto? Abrazar á mi muger! (*corriendo á ellos.*)

HEB. Al contrario, tonto... es tu muger quien me abraza á mi.

MIG. Señora Catalina!.. (*con seriedad cómica.*)

CAT. Alégrate, Miguel, tenemos un hijo.

MIG. Cómo un hijo! Si no hace mas que tres meses que nos casamos!

CAT. Una niña muy bonita.

MIG. Heberto, sé que eres un valiente y que yo no lo soy tanto; sé que en un lance me romperás alguna cosa, pero nada me importa... Sigueme... vamos á sacudirnos el polvo.

HEB. Con mucho gusto, camarada... pero es necesario que la patroncita lo permita.

CAT. Miguel, mi honradez es conocida, y te seré fiel siempre como á la bandera de mi regimiento!

MIG. Pero esa niña...

CAT. Nada te importa.

MIG. Cómo que no me importa? (*redoble.*)

HEB. Qué oigo! El general se acerca! Esta vez no pierdo la ocasion! A ponerme lo mejorcito.

UN SOL. (*fuera.*) Quién vive?

CAT. Alguien se acerca.

ESCENA VI.

Los mismos, MONTALVAN, *bajo el nombre de* PEDRO *y en trage de italiano del pueblo.*

SOL. Quién vive?

MON. (*entrando.*) Uno de los vuestros.

MIG. Qué pajaro será este?

MON. (*imitando en voz y en accion á un aldeano.*) Granaderos, me han dicho que vuestro gefe de brigada necesitaba un guia, y si un pobre diablo como yo pudiese ganar algunos ducados para mantener á su familia...

MIG. Y quieres servir de guia contra tu pais? Mucha hambre debes tener.

MON. Bastante, señor soldado!

MIG. Pero es el caso que sin examinarlo él mismo, no admite guia el general Bonaparte.

MON. Bonaparte! (*vivamente y conteniéndose.*) Pues no está en Milan?

MIG. Hoy viene á visitarnos.

MON. Entonces volveré.

MIG. No... una vez aqui,.. Yo me encargo de presentarte... Cuádrate!.. El dedo meñique en la costura del pantalon... posicion de recluta en las filas... (*redoble lejano.*)

CAT. Ya suena el tambor de las abanzadas... el general está cerca...

MIG. Dispensadme, siñor Macarroni, si no os hago compañia... voy á ataviarme. Señora Catalina, me debeis una esplicacion.

CAT. La esplicacion que te debo es... que si hablas una palabra...

MIG. Nada se dirá, mi coronel... Pero esa chica no me sale de la cabeza. (*siguiendo á Catalina que entra en la tienda.*)

ESCENA VII.

MONTALVAN, *solo.*

Ah! Juro si encuentro á la hija de mi único amor, derramar por mi pais hasta la última gota de mi sangre. Dicen que vieron sobre los muros del castillo, en medio de un torbellino de llamas y de humo, á un soldado que llevaba un niño... y este soldado, añaden, que pertenecia á la brigada 32, acampada aqui; con el objeto de buscarle he venido... pero á quién dirijirme sin escitar sospechas? (*reflexiona.*)

ESCENA VIII.

MONTALVAN, HEBERTO.

HEB. Me parece que daré golpe con este trage. (*en gran uniforme, con carabina que deja á un lado.*)

MON. (Este es del mismo regimiento... si yo pudiese sonsacarle... parece franco y noble.) (*mirándole.*)

HEB. Qué es lo que refunfuñas? (Nunca he podido atravesar á un italiano.)

MON. Digo, señor soldado, que teneis una de esas fisonomias que simpatizan á primera vista.

HEB. (Qué aduladores son estos italianos!.. (*acariciando su vigote dice para si.*) Soy un pedazo de la brigada 32... mil doscientos hombres como yo, que no tiemblan ni con un tormento... Desgraciadamente la mayor parte de ellos han mudado de casa y están... allá arriba. (*alzando los ojos al cielo.*)

MON. Si, la campaña ha sido ruda.

HEB. Voto á doscientos mil enemigos!

MON. Perdisteis mucha gente en Millesino, en Roveredo, en el puente de Lody... en el saqueo del castillo de Alkera...

HEB. (*haciendo un movimiento brusco.*) En el castillo de Alkera! Estabas tú quizás entre los contrarios?

MON. Me veriais entonces aqui? He oido decir que nadie escapó con vida.

HEB. Eso te han dicho?

MON. Ni las mugeres, ni los niños...

HEB. Si, he? Y á ti qué te importa? (*observándole.*)

MON. A mi? Nada!.. nada! (*con afectada sangre fria.*)

HEB. (Será este pájaro algun agente de la familia para robar á la chica! Oh! no echaré en olvido las recomendaciones de la pobre difunta!)

MON. Señor soldado, no os incomodeis; yo no soy mas que Pedro, simple guia de las montañas; pero en fin, hay familias ricas cuyas, penas conozco, y si hubiera acontecido, por ejemplo, que una niña que estaba en la cuna, hubiese sido salvada por un soldado tan valiente como humano; si para verla venir con ella...

HEB. (Yo si que te veo venir!) Adelante!

MON. En fin: estoy seguro de que ningun tesoro pagaria tal servicio.

HEB. (Si, ya te entiendo.)

MON. (Dios mio! Moved su corazon!)

HEB. (Interin puedo descifrar los papeles, voy á desorientarle.)

MON. No me respondeis, señor soldado? (*con ansiedad.*) Veo que os molestan mis preguntas.

HEB. A mi? No lo creais... lo que siento es tener que darte una mala nueva á ti... ó á las personas que te envian.

MON. Ah! Hablad, hablad!

HEB. (*fríamente.*) La niña murió con el camarada que la llevaba en sus brazos.

MON. Muerta! Muerta!

HEB. Qué es lo que teneis?

MON. Yo? Nada! (*con rabia concentrada.*) No tengo nada! (*se oye tocar marcha.*)

HEB. El general. (*vá á coger su carabina y dice vivamente.*) (Asi no buscarán mas á la niña. Ahora á mi asunto.) (*vase.*)

GRITOS. Viva el general Bonaparte!

MON. (*en primer término.*) Perdida para mi como su madre!.. Y yo solo... solo en el mundo! Oh! desgraciado de aquel á quien debo tantos infortunios!.. Desgraciado de ti, gefe de los que me han privado de todo en el mundo! Tiembla, miserable Bonaparte! Tiembla á mi venganza!

ESCENA IX.

MONTALVAN, HEBERTO, MIGUEL, CATALINA, BONAPARTE, *estado mayor, soldados.*

Los tambores tocan marcha; las tropas se forman y desfilan. Heberto, Miguel y Catalina están en las filas; el general pasa por el frente, saluda y viene al medio de la escena. Montalvan se queda algo escondido, absorto en sus pensamientos.

TODOS. Viva nuestro general.

BON. Gracias, amigos, gracias... He querido ver por mi mismo si estabais bien en este campo... (*deteniéndose ante la barraca de Heberto.*) Qué es esto? «A la navaja de honor.»

HEB. (*ap. á Catalina.*) Le ha llamado la atencion mi tienda! Bravo!

BON. Quieren mofarse aqui tambien de los sables y de los fusiles de honor que distribuyo á mis soldados?

CAT. (Parece que frunce el entrecejo!)

HEB. (Ca! Es su costumbre cuando está contento!)

BON. Quién es el propietario de esa barraca?

HEB. (*adelantándose.*) Presente!

BON. Cómo te llamas?

HEB. Heberto.

BON. Has formado parte del ejército del Rhin?

HEB. Nunca! Soy voluntario de Italia.

BON. (*señalando el letrero.*) Y quién te ha inspirado la audacia de burlarte, con esa ridícula inscripcion, de las armas con que premió el valor despues de la victoria?

HEB. Ciudadano general, si hay alguna broma oculta en ese letrero, no es mia, sino de mis camaradas... Lo

juro por el firmamento, que es del color de mi tienda.
ON. Esplícate, si no quieres ir preso.
EB. Hace tres semanas que me hallaba al frente del campamento, afeitando á un granadero de la brigada treinta y dos, que salia del hospital, y queria presentarse ante los enemigos con toda decencia.
ON. Al hecho.
EB. El granadero estaba sentado en un tambor, porque no habia sillas... y yo le despachaba mientras que se batian á doscientos pasos.
ON. Abrevia.
EB. Tenia ya media cara limpia, y me enredaba con la otra media, cuando nos llegó una visita... una granada de los contrarios, que nos llenó de tierra desde los pies hasta la cabeza.
ON. Estoy seguro de que el granadero no se movió de su sitio.
IEB. Ni yo tampoco, ciudadano general... Es decir.... si... me moví... Estaos quieto, camarada, dige al granadero, y de un salto me puse sobre la granada; arranqué la espoleta; la apagué con el pié, y me volví á concluir de afeitar á mi hombre, sin hacerle el mas pequeño rasguño... Desde entonces me agraciaron mis camaradas con esa inscripcion que veis encima de esa tienda.
ON. Segun veo, no tiemblas tan fácilmente.
IEB. Me está prohibido como barbero y como soldado.
ON. (*mirándole con atencion.*) Me parece que te he visto en alguna parte.
IEB. Si, general: en París, en la casa del fondista Duflot, y despues en el ejército de los Alpes.
ON. Y querrás los galones de sargento?
IEB. General, teneis el derecho de ofrecérmelos y yo el de aceptarlos... pero no es eso lo que quiero.
ON. No tienes ambicion?
IEB. Tengo una... y puesto que es preciso hablar claro... si quisiéseis nombrarme vuestro peluquero...
ON. (Es singular! Estoy seguro de que he hallado aqui un hombre fiel.)
HEB. Mi general, es mi sueño hace tiempo... quisiera hacer con vos lo que los enemigos no han podido nunca.
BON. Bien, Heberto... (*pellizcándole ligeramente las orejas.*) vuélvete á tu fila.
HEB. (*á Catalina.*) Me ha pellizcado la oreja!... Buena señal.
BON. Catalina... tu conducta ha sido brillante en la última accion... tu nombre será puesto en la órden del dia del ejército.
MIG. (Pues! Y á mí no me ofrece ni un polvo!...)
OFI. Os digo que no se pasa.
BON. (*que inspeccionando ha visto á Montalvan.*) Quién es ese hombre?
OFI. Un italiano, que quiere ser guia.
MON. (*volviendo la cabeza para no ser visto por Bonaparte.*) Si, general, el guia Pedro, que arrostrará todos los contratiempos por conducir á las montañas al ejército francés.
BON. (Esta voz! Yo la conozco!....) Acércate, Pedro! (El es!) Amigo, has equivocado el campo... nuestra guia es la victoria... El enemigo está en retirada, y no sabe cómo escapar de nuestras manos... En su consecuencia, él te pagará largamente los servicios; y dile al mismo tiempo, que pierda la esperanza de sorprendernos... que estamos en guardia contra los espias ó los traidores... Que somos bastante prudentes para desafiarlos, y bastante fuertes para mirarlos con desprecio y otorgarles nuestro perdon. (*bajo.*) Ya ves que te he reconocido, Montalvan! (*movimiento de este.*) Te doy una hora para salir de las lineas francesas... Sino, fusilado!
MON. (*ap. con voz ahogada.*) Oh! Con sangre es como se venga tal injuria! (*vase.*)
HEB. (*viendo que Bonaparte se aleja.*) Se marcha sin decirme nada!
BON. (*vivamente y con voz fuerte.*) Heberto!
HEB. Mi general!
BON. Desde ahora quedas agregado á mi comitiva... Vé á Milan á incorporarte conmigo. (*á su estado mayor.*) Continuemos la inspeccion. (*sale por la izquierda seguido de sus ayudantes de campo.*)

ESCENA X.

Los mismos, escepto BONAPARTE *y su estado mayor.*

HEB. (*en el mayor delirio, recorriendo el teatro á grandes pasos.*) Ya tengo á mi hombre!... Ya tengo á mi héroe!... Ya soy su peluquero!... Eh! Amigos, camaradas! Compañeros, repartios mi tienda... Al diablo la barraca!... (*tira por lo alto muchos utensilios de la tienda.*) Abrazadme... Asi... Como yo os abrazo... Abrázame tú tambien, Catalinilla!... Eh!... Miguel... ven acá, Perillan!...
MIG. Que me ahogas!...
CAT. Dios mio! Se ha vuelto loco?...
HEB. Hombre grande de mi corazon, á tí, para tí, por tí, toda la vida y toda la muerte. Pero vá á partir... y yo tambien... Mas ahora que lo pienso... no... la mano que toque su barba no debe tocar otra... ni aun la mia... Miguel, te nombro mi peluquero. (*con dignidad y recordando los gestos de Bonaparte.*) «Vé á Milan á incorporarte conmigo.
MIG. El general se retira ya.
HEB. (*á grandes gritos.*) Viva el héroe! Viva el hijo del pueblo!

(Se dirigen al fondo. En este momento Bonaparte y su estado mayor aparecen en la montaña de enfrente atravesando el teatro. Los soldados presentan las armas en los dos lados del teatro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

1802.

El interior de una peluqueria en París. Cristaleria y muestra al foro; puertas laterales; á la izquierda una ventana con un barandal ancho para poder apoyarse en él.

ESCENA PRIMERA.

HEBERTO, MIGUEL. *Al alzarse el telon está* HEBERTO *sentado, y* MIGUEL *acaba de afeitarle.*

HEB. (*levantándose.*) Bien, gracias.
MIG. Cuando se ha tenido el honor de ser peluquero del peluquero del primer consul...
HEB. Has hecho bien en adquirir esta tienda...
MIG. Mi muger no queria, vistos sus gustos militares; pero yo le dige: Catalina, la Europa descansa sobre las armas; entremos á ser paisanos hasta que se dispare el primer cañonazo.
HEB. Qué buen matrimonio haceis al presente, desde que yo he aprendido á leer y he podido descifrar estos papeles relativos á la niña!
MIG. Confieso que esa chica me dió unos espeluznos...
HEB. Mi Josefina, hija del conde de Montalvan!
MIG. La desgracia es que está proscripto.
HEB. Confio en que el primer consul pronunciará su rehabilitacion. Tambien he hecho poner un anuncio en

los papeles públicos, para obligar al conde de Montalvan á saber de su hija al momento.

MIG. Y no has tenido respuesta?

HEB. Tal vez haya muerto; pero en tal caso me quedarán mi Josefina y mi hijo Eugenio, ya que Dios llamó para sí á mi pobre muger el año último.

MIG. Por supuesto que estarás en buenas relaciones con el primer consul?

HEB. Llámale mas bien monaguillo, porque desde que se ha cortado la coleta y todo el pelo, parece un monaguillo.

MIG. Es verdad.

HEB. Sabes lo que me dijo un dia? Que si llegaba á ser emperador, me haria conserge de un castillo imperial.

MIG. Pues lo será, no lo dudes.

HEB. Cuánto tarda Catalina! Y eso que el colegio en que he puesto á Josefina, no está tan lejos.

MIG. Se habrá detenido para mirar la parada; en cuanto vé un uniforme...

HEB. Oigo pasos; ella es sin duda.

MIG. No; es el viejo Duflot.

ESCENA II.

Dichos, DUFLOT.

DUF. Soy yo, yo mismo, hijos mios.

MIG. Aqui tenemos otro que ha hecho fortuna; tiene una magnífica fonda en el centro de París.

DUF. Gracias al primer consul. He conservado religiosamente la mesa á que se sentaba, como cosa sagrada.

HEB. Y nadie se sienta á ella?

DUF. Si, el que lo paga doble.

MIG. (Viejo avaro!)

DUF. Oye, Miguel; puesto que mi hombre se ha cortado el pelo á lo Tito, quiero cortármelo como él.

MIG. Pues entrad: el mancebo os afeitará, y tendré el honor de mondaros la cabeza.

DUF. No tardes, hijo mio. (*entra á la izquierda.*)

ESCENA III.

MIGUEL, HEBERTO *y* CATALINA.

HEB. Viejo loco!

CAT. (*entra pálida y agitada.*) Tú, aqui, Heberto! Tanto mejor, porque hubiera ido en tu busca.

MIG. Qué es lo que tienes, Catalina?

HEB. Estás temblando, y no es esa tu costumbre. (*cojiéndola de la mano.*)

MIG. Te ha pasado algo?

CAT. No!

HEB. A la niña tal vez?

CAT. Tampoco.

HEB. Entonces...

CAT. Estamos solos?

MIG. Solos!

CAT. (*llevándolos al primer término.*) Volvia del colegio de Josefina, cuando un desconocido, un hombre de buen porte, me dijo al oido: «Sois la ciudadana Catalina?» Si. «Pues encargad á Heberto que ruegue á Bonaparte que no vaya esta noche al teatro de la ópera, porque si vá, es asesinado!

HEB. Mil millones de...!

MIG. Y no le cogiste del pescuezo!...

CAT. Cuando volví de mi espanto, ya estaba muy lejos.

HEB. (*cogiendo su sombrero.*) Adios, amigos!

MIG. A dónde vas?

HEB. Al palacio!

MIG. No creas esa paparrucha.

HEB. Es preciso no despreciarla.

CAT. Si, si, vé, Heberto.

MIG. No olvides que comemos juntos.

HEB. Volveré... volveré. (*sale á todo correr.*)

ESCENA IV.

CATALINA, MIGUEL.

CAT. Ahora estoy mas tranquila; el consul lo sabrá.

ESCENA V.

Los mismos, MONTALVAN.

MON. (*trae las maneras y el trage de un hombre de pueblo.*) Salud y la compañia!

MIG. Ah! Es Pedro, el aguador.

MON. Felices, señora Catalina. Hace falta agua?

MIG. Ya lo creo.

CAT. Qué tal vamos con el oficio, Pedro?

MON. No vá mal... Veo que hice bien en dejar á los Italianos; y como me habeis protegido, tengo muchos parroquianos.

CAT. Vaya! Traed el agua.

MON. Allá voy. (*sale un momento.*)

MIG. Quién hubiera dicho que hallarian en Pedro el aguador á Pedro el guia?

DUF. (*dentro.*) Miguel! Miguel!

MIG. En seguida, señor Duflot... Siempre me olvido de él.

CAT. Anda... Yo voy á dar una vuelta por la casa. (*Catalina entra á la izquierda y Miguel á la derecha.*)

ESCENA VI.

MONTALVAN, *solo, volviendo con los cántaros de metal.*

No hay nadie!... (*deja los cántaros.*) Aprovechemos el momento para examinarlo todo. Esta ventana... (*la abre.*) Si, si... he escogido bien el sitio... Colocada aqui una luz, proyectará su reflejo en toda la calle... ellos podrán verla y obedecerán á mi señal. Ya sabemos la hora en que el primer consul sale de las Tullerias. Veremos si ahora tambien le ayuda la fortuna! (*recorriendo la escena á grandes pasos.*) Creen á Montalvan en el destierro, ó muerto tal vez... pero muy luego conocerán lo contrario; ellos me temen, porque conmigo descienden hasta el engaño, y la prueba está en ese aviso ó reclamo que han puesto en sus periódicos: la asechanza es demasiado grosera para que yo me deje sorprender... Hoy será el último golpe que aseste contra Bonaparte! Hoy, para el que no tiene ni familia, ni patria, ni su hija adorada, la muerte ó el triunfo!

CAT. (*llamando.*) Pedro! Pedro!

MON. (*recobrando el tono del hombre del pueblo.*) Allá voy, señora Catalina, allá voy. Mis medidas estan bien tomadas... Paciencia hasta las ocho. (*entra por la derecha, y aparecen por el lado opuesto Duflot y Miguel.*)

ESCENA VII.

DUFLOT *y* MIGUEL; *despues* MONTALVAN *y* CATALINA.

DUF. (*viniendo con la cabeza muy pelada.*) Os digo que me habeis cortado mucho.

MIG. Calla! Quién ha abierto la ventana? (*la cierra.*)

DUF. Para que yo me constipe.

CAT. Toma el dinero del mes. (*dándole monedas á Montalvan, que sale con ella.*)

MON. Gracias, señora Catalina.

MIG. (*á Duflot, que no quita ojo de Montalvan.*) Por qué mirais tanto á ese hombre?

DUF. Dejadme.

MON. Abur, señora Catalina!... Ah! Decid al señor Miguel, que volveré luego á afeitarme, porque como mañana es dia festivo...

MIG. Bien, hombre; aqui estaré.

ON. Vendré un poco antes de las ocho. (*sale y se le oye gritar dentro.*) El aguador!

ESCENA VIII.

Los mismos, menos MONTALVAN.

UF. (*cogiendo á Miguel y Catalina por la mano, y llevándolos muy de prisa al primer término.*) Ese aguador se parece como dos gotas de su mercancia, á un señor muy elegante que come en mi fonda.

IG. Será algun milord disfrazado.

UF. Todo lo que sé es, que ha ido algunas veces en compañia de personas sospechosas...

IG. Papá Duflot, no seais enemigo de los aguadores, ya que estos sirven de padrino al vino que vendeis.

UF. No me quereis creer? Bueno! Pero os repito que no os fieis de ese mocito! (*sale.*)

ESCENA IX.

CATALINA *y* MIGUEL.

IG. (*acompañándole.*) Poneos el sombrero, no os coja un rehuma la cabeza.

AT. Dime, Miguel, no sospechas tú...?

IG. Por las necedades de ese chocho? Bah! Bah! En lo único que pienso ahora es, que la comida espera, y Heberto no vuelve de su visita al primer consul.

AT. Eres un imbécil!

IG. Mejor; pero quiero comer.

AT. Ah! Aqui está Heberto.

ESCENA X.

Dichos, HEBERTO.

IG. (*saliéndole al paso.*) Qué tenemos, Heberto?

EB. (*con un poco de enfado.*) No hay medio!

AT. Le has visto?

EB. Si.

IG. Y le digiste...?

EB. A la primer palabra se sonrió.

IG. Ese hombre no sirve mas que para ganar batallas.

AT. Y despues?

EB. Me volvió la espalda. No obstante, como notó que estaba yo muy afectado, se dirigió á mí y me dijo, con esa voz que os seduce, que os subyuga, que os haria correr solo tras una bateria de veinte cañones: «Amigo Heberto, gracias para tí, gracias para Catalina, la brava vivandera... pero ni es asunto tuyo ni de ella; es de mi ministro de policia; y le pago para ello bastante caro. Anda! Anda! En cuanto á mí, he dado mi palabra de ir á la ópera, y no faltaré.» Ya se vé! Qué habia yo de responderle? Me quedé como quien vé visiones, y me dige: «Puesto que el que lo sabe todo está tranquilo, yo no debo temer nada.

IG. Por supuesto.

AT. No obstante, tiene muchos enemigos; si nos lo matasen...

IG. Matarlo!... Qué atrocidad!... Ea, vamos á comer. (*se dirigen á la izquierda.*)

ESCENA XI.

Dichos, DUFLOT.

UF. (*entra muy agitado.*) Hijos mios, tal cual me veis, estoy tal vez destinado á salvar á mi pais.

AT. (*sonriéndose.*) De veras? (*los tres se rien de él.*)

UF. Si, reid, imbéciles. (*sacando un papel.*) Veis esta carta? Pues bien! Vais á estremeceros, cuando sepais... que me ha sido enviada por uno de mis parroquianos, por un amigo de ese supuesto aguador, que he visto aqui, y á quien he reconocido al momento.

EB. Dadme! Dadme! (*cogiendo la carta.*) Esta es alguna picardia de algun noble...

UF. No la abrais delante de mí, Heberto; no quiero saber lo que hay dentro; sobre todo, si contiene cosas que estallan. Yo quiero salvar la patria, pero sin comprometerme.

EB. Pues marchaos.

UF. Esa fué mi idea al venir. (*estornuda.*) Jesus, Maria y José! Me parece que me he cortado el pelo demasiado. (*vase estornudando mucho.*)

ESCENA XII.

Dichos, menos DUFLOT.

EB. Abramos la carta al momento.

IG. Y la comida entretanto!... (Pícara carta!)

EB. (*que ha recorrido la carta con agitacion.*) Mil millones de obuses! Y no me ha querido escuchar!

AT. Qué es, Heberto?

EB. Oid, oid. «Sé que el primer consul persiste en su idea de ir á la ópera, y esta resolucion fatal puede costarle la vida. Se ha organizado un complot contra él, de modo que á las ocho, cuando pase su coche por la calle de San Nicasio, le espera la muerte. La señal de los conjurados debe ser dada por uno de ellos, que llevará una camisa de listas azules, y esta señal será una luz colocada en la tienda del peluquero Miguel. Pondrá esta luz en el barandal de la ventana.»

AT. Alli.

IG. Pícaros traidores!

EB. (*acabando de leer.*) «Ofuscado un momento, he tomado parte en el complot, pero retrocedo ante un asesinato. Sin nombrar, sin denunciar á nadie, quiero evitar una desgracia á mi pais, y un crímen á los que llamo mis amigos! Apresuraos.»

IG. Es preciso ir al momento á la casa del ministro de policia, ó á la del primer consul.

AT. Con ese papel en la mano, aunque sin firma, te creerán tal vez?

EB. O no me recibirán, gracias á esa maldita etiqueta que han restablecido; pero yo le salvaré, aunque no quiera... Corro á las Tullerias... en el momento en que salga, me arrojaré delante del carruage... me echaré á los pies de los caballos, me dejaré pisotear, si es preciso, y entonces tendrá precision de detenerse. Adios, adios, amigos mios!

IG. (*deteniéndole.*) Heberto, es esa la sangre fria que demostraste en Arcol y en las Pirámides? (*recogiendo la carta que Heberto ha tirado.*) Piensa que solo tenemos diez minutos; que la señal debe ser dada aqui, en mi tienda!

EB. Si, tienes razon... á nuestro lado está el lugar de la conspiracion... aqui tal vez el peligro, y es preciso permanecer aqui. (*noche progresivamente.*)

IG. Ah! He aqui un campo de batalla.

EB. Nadie daria esa señal si no nos moviésemos de este sitio. Miguel, despide á tus mancebos.

IG. Ya se han marchado.

EB. Cierra para todos la puerta. (*Miguel lo hace.*) Quedémonos aqui sin luz, y á no ser que el diablo salga del centro de la tierra... (*se oye llamar á la puerta.*)

IG. Qué es eso?

ON. (*fuera.*) Soy yo! Soy yo!

IG. Pedro el aguador! Heberto, tengo sospechas de ese hombre.

AT. Y yo tambien. (*noche completa.*)

IG. El viejo Duflot dice que es un noble.

EB. Y su lenguage no es el de un hombre del pueblo.

IG. Y por último, escoger precisamente la hora indicada para afeitarse...

ON. (*golpeando de nuevo.*) Estais sordos?

MIG. No debemos abrirle.
HEB. Y si es el que ha de dar la señal, y viendo que no puede hacerlo, la varia por otra?
CAT. Es verdad.
HEB. Abridle y dejadme hacer! (*Miguel abre.*)

ESCENA XIII.

Dichos y MONTALVAN.

MON. Cómo es que cerrais tan temprano? (*entrando.*) (Heberto aqui! Qué contratiempo!)
HEB. Yo os diré, amigo... (*haciendo ap. señales de inteligencia à Catalina y Miguel.*) Miguel y su esposa van á ver la entrada del primer cónsul en el teatro de la Opera.
MON. Y quién me afeita á mi?
HEB. Todo lo ha previsto Miguel. Yo me encargo... de afeitaros.
MON. Vos! De ningun modo... Ademas, está esto muy oscuro.
HEB. Catalina, una luz.
MON. (Bien! No sospechan nada!) (*Catalina trae una vela encendida. Claridad en la escena.*)
HEB. Ya vereis, señor Pedro, como os dejo hecho un caballero.
MON. Oh! tanto honor...
HEB. Por qué no? Me creeis orgulloso por ventura?.... No soy un hombre del pueblo... como vos? Idos, amigos, y divertios. (A la casa del gobernador de París.) (*bajo á Miguel.*)
MIG. No, yo no le dejo solo.
(Catalina recibe el chal y su gorro de manos de Miguel y salen del brazo, pero bien pronto se vé volver á Miguel, que se desliza de puntillas en el cuarto de la derecha.)

ESCENA XIV.

HEBERTO, MONTALVAN.

HEB. (*preparando los avios de afeitar: afila la navaja.*) Estamos ya, compadre?
MON. Puesto que os empeñais... (Me mira de un modo singular!)
HEB. (*poniéndole una silla.*) Sentaos aqui!
MON. (*sentándose.*) Supongo que no tardareis mucho?
HEB. Casi nada. (*cogiendo la luz y poniéndola sobre una mesilla á la izquierda de Montalvan y del lado opuesto de la ventana.*) Primeramente, alumbremos.
MON. Me parece que estaria la luz mejor alli.
HEB. No, me sirve mas aqui.
MON. (No importa; aprovecharé la ocasion!) Vamos, señor Heberto.
HEB. Pero qué, no os quitais el chaqueton?
MON. No; hace frio.
HEB. Bueno! (*bajándole el cuello del chaqueton y poniéndole el paño,*) (Camisa con listas azules! Es el hombre de la señal! Observemos todos sus movimientos!)
MON. (Y la hora que abanza!)
HEB. Os enjabono con la mano ó con la brocha?
MON. Como querais.
HEB. Pues con brocha... finura completa. (*le enjabona la cara.*) Sabeis, camarada, que debe envaneceros mucho el ser afeitado por el peluquero del primer cónsul? Sabeis que es un favor que no he concedido á nadie, ni aun á mi mismo, desde que tengo el honor de afeitar la primer barba de la Europa? Os hago daño? (*afeitándole.*)
MON. No; acabad. (*mirando á la ventana.*)
HEB. (*siguiendo su mirada.*) Me parece que no corta mucho la navaja. (*la repasa.*)
MON. Despachaos, voto al diablo!
HEB. Caramba! (*continua afeitándole.*) Qué prisa teneis! Deseais, como Miguel y Catalina, ir á ver entrar en la Opera al primer cónsul?
MON. Confieso que hubiera querido encontrarle en su camino, pero no podré... dicen que sale de palacio á las ocho en punto...
HEB. (Sabe la hora! Atencion, Heberto, atencion!) (*se oyen las ocho de un reló de iglesia.*)
MON. (*haciendo un movimiento.*) (Las ocho!)
HEB. No os movais, que os voy á cortar.
MON. (*ap. turbado.*) Su carruage pasa en este momento por el rastrillo de las Tullerias.
HEB. Os empeñais en que os haga un chirlo. (*ruido lejano.*)
MON. Oigo los caballos de la escolta que entran en esta calle. (*levantándose y arrojando el paño vivamente.*) Es que no vemos claramente. Yo mismo pondré esa luz... (*haciendo un movimiento para cogerla.*)
HEB. (*sentándole á la fuerza y poniéndole la navaja al cuello.*) Si te mueves, te corto el pescuezo.
MON. (No hay un momento que perder...) Muere! (*sacando una pistola de debajo de su trage.*)

ESCENA XV.

Dichos, MIGUEL.

MIG. Alto ahi, miserable! (*que ha entrado un momento antes, precipitándose sobre Montalvan y arrancándole la pistola. Se oye el ruido de un coche que pasa.*)
MON. Maldicion!
MIG. (Ya ha pasado!)
HEB. Encomiéndate al diablo!
MON. (*serenándose.*) Qué quereis decir?
HEB. Que la muerte del primer cónsul estaba resuelta.
MIG. Y que tú debias dar la señal.
MON. Calumnia!
HEB. La señal es esa luz puesta en el barandal de la ventana...
MON. Qué pruebas tienes? Calumnia, repito!
HEB. Quieres pruebas? Pues aunque el infierno nos trague á todos contigo... Mira, noble infame! (*coge la luz, la pone sobre el barandal de la ventana. De repente se oye una horrorosa esplosion.*)

ESCENA XVI.

Los mismos, el OFICIAL, CATALINA, *granaderos de la guardia consular.*

CAT. (*dentro.*) Por aqui.
MIG. Ese es el asesino!
GRITOS DEL PUEBLO. Viva el primer cónsul! (*música lejana.*)
HEB. Le he salvado! Le he salvado! (*llorando de alegria.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

1815.

El patio del castillo de Rambouillet. A la derecha, en primer término, el cuarto del conserge; al lado una puertecilla. Enfrente la entrada del castillo imperial. En el foro una magnífica escalera que conduce á un espacioso terrado. Telon de paisage.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL, *un* CABO *y algunos granaderos de la guardia.*

(Al alzarse el telon dos centinelas se pasean en el terrado, desapareciendo de tiempo en tiempo. Cañoneo y

isparos se oyen á lo lejos. Todos los granaderos del astillo en la actitud de hombres inquietos y preocupaos, prestan el oido al cañoneo.)

IIG. Si; el fuego es cada vez mayor. Pero dónde será? Yo creo que el viento trae ese ruido de París! Estarán ya los aliados frente á los muros de la capital?

ABO. Es posible, porque dicen que nuestro pobre emperador se ha visto obligado á dar media vuelta en Waterloó.

IIG. Y por qué nos deja á los mas veteranos para guardar este maldito castillo? (*con enfado.*)

ABO. De qué te quejas?

IG. De qué me quejo? Llega el 1814, y mi muger me dice: «Miguel, el enemigo está en campaña: cepilla tu viejo uniforme, y en marcha!» Cojo el fusil, y hacemos una campaña de todos los diablos.

ABO. Ya lo sé; como que yo estube en ella.

IG. Mi muger se distinguió como tiene de costumbre, y yo, al primer disparo, recibí un pasaporte para el hospital! Primera vejacion! El emperador desfila á la Isla de Elva, y yo me meto en las filas para acompañarle; vuelve el emperador; el ejército marcha sobre Flandes; mi diablo de muger parte con los batallones, y yo me quedo en el depósito.

BO. Miguel, cuando el emperador está en desgracia, no debe uno pensar en esas cosas.

G. Tienes razon... id á relevar, y si me necesitais, pronto me hallo. (*se estrechan las manos. El Cabo se aleja con los granaderos y vá á relevar los centinelas.*)

ESCENA II.

MIGUEL, *solo.*

Amigo Miguel, eres un bruto!.. El cabo tiene azon! Y despues de todo, qué es lo que pido? Estoy en el depósito de Rambouillet, y como mi amigo Heberto ha pasado á él de conserge, estoy manenido aqui como un príncipe... (*mirando hácia uera.*) Pero qué es lo que veo allá abajo? Ah! Es la eñorita Josefina; esa niña que no ha podido dar con us padres, y que hemos criado mi muger y yo. Pero lesde que el señor Heberto es todo un caballero, la a educado, y ya es hoy toda una señorita.

ESCENA III.

MIGUEL, JOSEFINA.

. Buenos dias, Miguel.

. (*saludándola militarmente.*) El cielo os guarde, eñorita, Pero qué veo! Estais llorando?

. No adivinas el motivo?

. Creo que si... El señorito Eugenio, el hijo que ivo el señor Heberto de su buena muger Marta, ue santa gloria goce, ha partido para el egército al ismo tiempo que mi Catalina.

. Si, su ausencia me aflige, porque...

. Porque le amais! Sed franca.

Si, creo que si.

. (Qué zalamerilla! Pobrecita!) Decidme, venis del ieblo?

Si.

. Y qué noticias hay?

Fatales; los enemigos están frente á los muros de arís, y esos cañonazos que oimos, son sin duda de los gleses y de los prusianos que obligan á la villa á pitular.

Y no escribe el señorito Eugenio?

No.

. Voto á Barrabás!

Pobre Heberto! Principalmente por él es por quien me estremezco... El, cuya vida parece unida á la de Napoleon! No podrá soportar la noticia de nuestros reveses... y morirá.

MIG. Pues qué, no sabe nada aun?

JOS. Hace tres dias que como una de sus heridas amenazaba abrirse, le ordené por conducto del médico, que no saliese y que se estubiese en su cuarto... leyó mil veces la última carta de Eugenio, y cree que Napoleon ha triunfado al dia siguiente de la victoria de los cuatro Brazos... Pero cómo ocultarle por mas tiempo la verdad? (*dos cañonazos mas fuertes.*)

MIG. Silencio! Heberto sale. (*enjugando una lágrima.*) Dominaos, señorita, dominaos! Yo tambien voy á hacer lo posible.

ESCENA IV.

Los mismos, HEBERTO.

HEB. (*entrando.*) Me parece que he sentido un cañonazo? Le habeis oido vosotros?

JOS. (*haciendo un signo de inteligencia á Miguel.*) No... no hemos oido nada. Os habeis equivocado.

HEB. No obstante... no soy sordo... En fin, puede que sea el deseo que tengo... la noticia de una batalla decisiva se hace esperar demasiado. En nuestros tiempos iban las cosas mas ligeras, no es verdad, Miguel?

MIG. Pero como hemos gustado tanto de ello, tal vez... (*turbado.*)

HEB. Tienes miedo?

MIG. No digo eso, señor Heberto.

HEB. Crei que... Hum! Calculo que á estas horas el emperador hará su entrada triunfal en Bruselas.

JOS. Cómo os encontrais hoy, amigo mio? (*dando otro giro á la conversacion.*)

HEB. Bien, hija mia... lo mismo que un roble. Y esto es de muy buen agüero, porque tengo notado que mi estrella sigue á la de Napoleon.

MIG. (Nunca tendré valor para desengañarle.)

HEB. Espero que les obligará á hacer la paz, y entonces solo tendré un pesar... el de no encontrar á tu verdadero padre, Josefina... con cuanto placer le diria: «Señor conde, ahi teneis á vuestra hija.»

JOS. Y no sentiriais separaros de mi?

HEB. Confieso que... que me llevarian todos los diablos, pero tu felicidad...

JOS. Gracias; pero en cuanto á mi, toda la fortuna, todos los títulos del mundo, no podrian obligarme á dejaros.

HEB. Hija mia! (*abrazándola.*) Se me saltan las lágrimas cuando la oigo! (*un gran cañonazo y descarga cerrada de fusileria.*) Ah! es un cañonazo y descargas de fusileria!

MIG. (*bajo á Josefina.*) Sin duda es París que capitula! Voto á una legion de demonios!

HEB. (*con alegria.*) No ois como se suceden las detonaciones? Es el anuncio de la derrota de los enemigos! No os lo dige? Napoleon los sacudirá el polvo. Ira de Dios! Esto me rejuvenece en diez años lo menos, y si no fuese todo un señor conserge, me echaria tres ó cuatro copas al coleto.

MIG. (Pobre viejo!)

HEB. Josefina, dame tu brazo. Vámonos á la villa á saber detalles, y á participar de la alegria general.

JOS. Estais aun muy débil... no recelais que la emocion os perjudique? Aqui está mi brazo... pero volveos á vuestro cuarto.

MIG. Si, entrad, señor Heberto.

HEB. (*mirándolos con asombro, alternativamente.*) Qué es lo que quiere decir esto? Teneis los dos un aire tan estraño! Me ocultais alguna cosa?

MIG. Lo sabreis demasiado pronto, mi antiguo camarada.

HEB. Ha muerto mi hijo?

JOS. No, no; no es eso.

HEB. Pues qué es entonces? (*con ira.*) Hablais, voto á Barrabás? Nada me decis? Pues voy yo mismo á saber... (*corre vivamente hácia la verja y se detiene de repente.*) Qué veo! Eugenio! Catalina! Y en qué estado, Dios mio!

ESCENA V.

Dichos, CATALINA, EUGENIO.

(Catalina lleva el trage de vivandera de los granaderos á pié de la guardia: su sombrero está acribillado de balazos y trae el brazo izquierdo en un cabestrillo. Uno y otro vienen cubiertos de polvo. Eugenio sostiene á Catalina. Miguel, Josefina y Heberto se precipitan á su encuentro.)

EUG. (*con aire sombrio.*) Todo está perdido!

HEB. (*vivamente*) Y el emperador! Y el emperador?

EUG. Queria morir enmedio de un cuadro formado por los granaderos, pero sus generales y sus ayudantes corrieron á sacarle de alli.

HEB. Ah! Vive! Gracias, Dios mio!

MIG. Y los amigos? Y los camaradas? (*conmovido.*)

EUG. Han gastado hasta el último cartucho, y despues... Padre, nunca habeis visto un desastre semejante... toda esa brillante guardia imperial muerta como un solo hombre... No podian abanzar y no querian retroceder... por eso han muerto en sus puestos, todos heridos por el frente, con la cara hácia el cielo, y con los ojos fijos y tranquilos como despues de una victoria.

MIG. (Y no estábamos alli!)

CAT. Yo... yo tenia este brazo partido... porque la rueda de un cañon me pasó sobre él.

HEB. Estás herida, Catalina? Y vos no lo estais?

(Cambiando de tono, severamente á su hijo: Eugenio sin pronunciar una palabra se quita su chacó y descubre su frente envuelta en un pañuelo blanco y ensangrentado. Heberto abraza á su hijo; ambos lloran abrazados, y Josefina estrecha la mano de Eugenio.)

Ah! Te reconozco, hijo mio!

MIG. (*ap. y llorando tambien.*) Bien! He aqui una familia de valientes!

EUG. Os juro, padre mio, que si no hubiera tenido que salvar á Catalina, me hubiese quedado allá abajo, entre los compañeros.

CAT. No sé cómo hemos podido escapar; pero á todo trance era necesario venir, porque es preciso salvarte.

HEB. A mi! No comprendo...

EUG. Los aliados son dueños de todo el pais; algunos batallones pueden llegar aqui de un momento á otro, y ciertamente que no respetarán nada del emperador. Un veterano, uno de los guardias del castillo de Compiegne ha sido asesinado por ellos.

HEB. Mi pais está perdido... y ya no tengo nada que temer.

EUG. Padre, por vos, por vuestros amigos, es necesario huir.

HEB. Y yo, viejo soldado de la república, que os digo estoy aqui, en mi puesto, y me quedo; el emperador me ha nombrado conserge de este castillo; me ha confiado su guarda, y no me iré, aun cuando él mismo me digére: «vete.»

CAT. Es justo... conozco tu consigna; pero y esa niña?

HEB. Es verdad... Que parta... que parta al momento.

JOS. Oh! No me despidais... Yo no os dejaré nunca!

HEB. Josefina... hija mia... es necesario... lo quiero... lo mando. Miguel, haz que avien el carro... en él irá mi hija adoptiva á la casa de mi anciana madre, en la aldea de Plessis... y si me sucede.. alguna desgracia, la dirás entonces que la confio mis dos hijos. (*tomando las manos de Eugenio y Josefina.*)

ESCENA VI.

Los mismos, un CRIADO *con librea.*

CRIA. (*entrando con insolencia y sin quitarse el sombrero,*) Eh! buenas gentes... En dónde está el conserge de este castillo?

MIG. (Cómo buenas gentes...)

CRIA. No habeis oido, canalla? Tengo que hablarle!

HEB. Las canas se respetan en todas partes... (*trémulo de ira, yendo á él y tirándole el sombrero.*) Fuera ese sombrero!

CRIA. Dispensadme. (*humildemente recogiéndolo.*)

HEB. Basta! Yo soy ese conserge... me llamo Heberto... Qué es lo que quieres?

CRIA. Señor Heberto, mi noble amo desea hablaros un instante.

HEB. Un noble! (Qué podrá querer un noble conmigo? Yo que nunca he tenido tratos con esas gentes.) Josefina, abrázame... y sé razonable... Eugenio, Catalina, id á descansar un poco. Di á ese señor que le espero. (*al criado; Josefina, Miguel y Catalina entran á la derecha, el criado sale por la verja.*)

ESCENA VII.

HEBERTO, MONTALVAN.

HEB. Bueno será prevenirnos. (*al acompañar á Eugenio saca sus pistolas que oculta.*)

MON. (*en trage muy elegante.*) Es al señor Heberto el conserge, á quien tengo el honor de hablar?

HEB. Al mismo. Qué me quereis?

MON. Mis facciones no escitan algun recuerdo en vuestra memoria?

HEB. No.

MON. Miradme bien.

HEB. Ah!.. si... teneis razon... Pero... no... no es un sueño!.. Pedro, Pedro el aguador...

MON. Al cual hicisteis arrestar hace tiempo por conspirador.

HEB. Como asesino del primer consul. Pero no fuiste condenado á encierro perpétuo?

MON. Todas las prisiones se abren con la llave de oro, los tiempos cambian, señor Heberto.

HEB. Si... en vuestra infame política, rodando el tiempo, hasta es un galardon el asesinato!.. En fin... acortemos razones, y decidme brevemente. «Vengo á tomarte este castillo... échate á un lado para que yo me quede.»

MON. Por el contrario, vengo á deciros que podeis conservar vuestro destino, bajo el nuevo régimen de gobierno.

HEB. Entonces vais á proponerme alguna infamia.

MON. Disculpo tu franqueza... algo brutal... porque he sido soldado.

HEB. Cuidado como hablais de los soldados...

MON. Vamos... no nos arrebatemos, y seamos razonables! La fidelidad es una virtud admirable... pero ya sabeis que las personas elevadas son comunmente muy ingratas...

HEB. Eso no lo direis por el emperador?

MON. Lo digo por todo el mundo.

HEB. Acabad.

MON. La decadencia de Napoleon Bonaparte, á quien habeis servido tan fielmente, acaba de ser pronunciada.

EB. Es cierto, Dios mio!
ON. Bajo el nuevo régimen, sereis molestado, echado tal vez...
EB. Bien... me iré... volveré á mi antiguo oficio.
ON. Vos!.. Cubierto de heridas! Acostumbrado á ciertas comodidades... Por qué reduciros voluntariamente á ese estremo, si podeis conservaros, y hasta obtener adelantos... y todo ello con sola una condicion?
EB. Quién os ha dicho que yo quiero servir á los vuestros? En fin... veamos... veamos esa condicion.
ON. Napoleon, que se dirige á las costas de Inglaterra...
ÉB. Inglaterra? Mal hecho! Los ingleses no son santos de mi devocion.
ON. Para conseguir ese objeto, llegará en breve á este castillo, en el cual se detendrá unas horas.
EB. (Vá á venir aqui!.. Volveré á verle!..) Seguid... seguid...
ON. Sois todavia conserge y conservais las llaves... Pues bien! Entregádmelas... Solo os pido vuestra ausencia, y á este precio os prometo el favor del nuevo gobierno.
EB. Ah! os comprendo, caballero!.. Vuestras gentes están prontas, y quereis apoderaros de su persona... matarlo tal vez...
ON. Os juro por mi honor que no quiero su vida.
EB. Si, porque os daria miedo... Pero quereis al menos retenerle como prisionero?
ON. Quiero que no pueda turbar el reposo de la Europa.
EB. Y es á mí, á Heberto, á quien osais proponer una bajeza semejante?.. A mí, que le he seguido por todas partes?.. A mí, á quien ha colmado de beneficios... á quien llama su fiel Heberto! Y cuando es tan desgraciado, es cuando me decís: «Tú, pobre criatura, tú, miserable gusano, á quien el héroe ha elevado hasta su altura, tú debes clavar el acero en el leon moribundo?» Ah! Teneis razon!.. Vosotros debiais ser los que propusieseis tan vil ingratitud! Vosotros, que no reparais en los medios para subir, y que cuando os veis en alto, dais con el pié á la escala que os ayudó!.. Vosotros, que cambiais de opiniones á cada momento, porque solo servís vuestra venganza y alhagais vuestra ambicion!.. Ah! os admirais de oirme? Es verdad, es verdad, señor conde; los hombres como este pobre viejo, constituyen la ridícula escepcion; los hombres como vos, forman la regla comun de la humanidad... Si... si... si... reios, señor conde, que, yo tambien me rio.
ON. Oyeme, Heberto... Soy un hombre que desde la infancia fué el enemigo de Bonaparte... Por espacio de quince años le he cercado de peligros y de traiciones. En Italia espiaba sus movimientos; en la campaña de Egipto dirigí los cañones de San Juan de Acre; en París arriesgué mi cabeza por abatir las águilas consulares... Hoy el coloso ha caido para no levantarse mas. «Ya no soy el guia Pedro, el artillero de San Juan de Acre, el aguador de París... Soy el heredero de una gran casa; el jefe de una de las familias mas nobles de Francia!
EB. Basta, basta, miserable! Cállate, ó no respondo de mi furor!
ON. Reflexiona que dentro de un instante nos pertenecerá esta fortaleza!
EB. Entretanto, soy el único señor aqui... y os ordeno salir. (*abriendo la puertecilla.*)
ON. Insolente!
EB. Salid, salid... ó hacen fuego sobre vos los granaderos que me obedecen.
MON. Os obedezco, señor Conserge. (*con ironia.*) Muy luego tendreis noticias de mí!.. (*cambiando de tono y saliendo por la puertecilla.*)

ESCENA VIII.

HEBERTO, *despues* CATALINA, MIGUEL, EUGENIO, *un piquete de granaderos. El tambor toca marcha: los granaderos del puesto llegan y se forman en el foro.*

MIG. Heberto! El emperador! El emperador! (*corriendo.*)
HEB. Ah! Ya no hay esperanza!

ESCENA IX.

Los mismos, el EMPERADOR, *seguido de tres oficiales generales.*

EMP. Heberto! En dónde está Heberto? (*entrando; Heberto sin decir una palabra se arroja á sus pies y besa la mano del emperador.*) De pié, de pié, camarada!!. Los cobardes ó los traidores, únicamente se arrodillan. Ah! Eres tú, brava Catalina! Te creia muerta en aquel infame cuadro, en donde no hubo una bala para mi!
MIG. Eso es! Siempre á mi muger! (*ap. presentando las armas.*)
EMP. Vamos, vamos, Heberto; valor en la adversidad... Antes de ganar el buque que me espera en Rochefort, y que debe llevarme lejos de la Francia, pasaré la noche en este castillo.
HEB. Las llaves, Eugenio... Las llaves. (*Eugenio sale, y vuelve al momento con un manojo de llaves que entrega á su padre.*)
EMP. Bien, veterano, bien, recobras tu energia. (*con melancólica alegria.*)
HEB. Ah! os juro que no me faltaria, si vuestra magestad me concediese la gracia que tengo que pedirle.
EMP. Nada de magestad. Solo me resta la desgracia.
HEB. Razon de mas! Vuestro tiempo es corto, señor, y seré breve. (*mirando la modesta comitiva del emperador.*) Poca gente teneis á vuestro alrededor... no os pido... pero ahora me llevareis con vos, no es verdad? No me respondeis? (*el emperador trata de ocultar su emocion.*) No obstante, allá abajo, sea en donde quiera, necesitareis un buen servidor... Me habeis nombrado conserge de este castillo... Pues bien... abdico... Tomadme con las mismas condiciones que en Italia... ya sabeis... Peluquero de honor.
EMP. Bien!.. Si!.. Te llevaré... serás el compañero de mi destierro.
HEB. Ah! Señor!.. (*en la turbacion mas grande.*) Mi general!.. Mi héroe!.. Mi amo!.. Viva el emperador! (*con exaltacion.*)
EMP. Silencio, Heberto! Ese es ahora un grito sedicioso. (*á los oficiales generales.*) Entremos en el castillo, señores. (*Heberto toma las llaves y se dirige con apresuramiento hácia el castillo: en este momento un oficial de órdenes aparece en el foro y todos se retiran.*) Qué ocurre de nuevo?

ESCENA X.

Los mismos, el OFICIAL *de* ORDENES.

OFI. Para Napoleon Bonaparte. (*con un despacho en la mano.*)
HEB. (Por qué no dirá ese polizonte para el emperador!)
EMP. Dadme, general. (*á una de las personas de su séquito. El oficial general toma el papel y lo presenta respetuosamente al emperador, que lo abre con apre-*

suramiento y lee.) Oid, oid todos. Es preciso que sepais como me tratan. «Se prohibe á Bonaparte permanecer en Rambouillet, y llevar consigo otras personas que las designadas por el gobierno provisional.» Ya lo ves, Heberto... no puedo llevarte conmigo... me lo prohiben... Oficial, decid á los que os envian, que me resigno á mi suerte; no quiero que mi nombre venga á ser en Francia la bandera de una guerra civil. Partamos. (*á su comitiva. El oficial se inclina.*) Catalina, te hice una promesa en Waterloó. (*se arranca su cruz y la pone al pecho de Catalina. Miguel presenta las armas á su muger.*) Heberto, tu mano!.. El emperador no te olvidará nunca. Partamos. (*bruscamente; sube rápidamente las gradas del foro, seguido de los oficiales generales: la tropa presenta las armas.*)

HEB. Dejadme!.. Dejadme que le vea hasta el último momento... (*á quien todos rodean.*)

ESCENA XI.

Los mismos, MONTALVAN, *y muchos lacayos.*

MON. Conserge Heberto, (*al foro.*) el gobernador de este castillo, que soy yo, os ordena dejar al momento esta residencia real... os echa de aqui.

HEB. Todo concluyó... (*que apenas le oye, y que tiene los ojos vueltos hácia la azotea por donde marchó el emperador.*) Ya no le veré mas!

MON. No habeis oido? Aqui todo debe obedecerme á mi únicamente... al conde de Montalvan.

TODOS. Montalvan! (*asombrados.*)

HEB. Ah! Qué habeis dicho!.. He oido mal? Cómo os llamais? Os llamais Montalvan?

MON. Qué te importa?

HEB. Lo sabreis al momento. Amigos, idos, idos... disponed el carro... esperadme detrás del parque... idos... pronto me reuniré con vosotros. (*los tres manifiestan grande asombro.*) Marchad! Marchad! (*los empuja hasta echarlos.*)

ESCENA XII.

MONTALVAN, HEBERTO; *los lacayos al foro.*

HEB. Ahora, nosotros, señor conde de Montalvan.

MON. Mi nombre parece que te ha sorprendido... Le conoces?

HEB. Tal vez.

MON. Habrás querido tener conmigo un momento de conversacion para suplicarme... Es demasiado tarde... Déjame y no me molestes. (*se aleja.*)

HEB. Asi que pronuncie una palabra, vos sereis quien me suplique que me quede.

MON. Veamos... esa palabra mágica.

HEB. El castillo de Alkera. (*con sonrisa desdeñosa.*)

MON. El castillo de Alkera!.. Ah! Habla! Habla.

HEB. Oh! me escuchais ahora?

MON. En la campaña del Piamonte fué asaltado, incendiado... saqueado...

HEB. Una muger, una pobre madre fué herida mortalmente junto á la cuna de su hijo.

MON. Esa muger era la mia; ese niño era el mio!

HEB. Lo sé... ese hijo no le habeis podido hallar nunca!

MON. Tú mismo me digiste en Italia, que la pobre niña habia muerto.

HEB. Y si entonces os hubiese ocultado la verdad?

MON. Existe mi hija? (*con mucha viveza.*)

HEB. La quieres mucho, no es verdad?

MON. Si la quiero? Preguntas á un padre si quiere á su hijo? Devuélveme á mi hija, y te doy la mitad de la fortuna que me han ofrecido...

HEB. Conde de Montalvan, (*con la mayor energia y or gullo.*) has renegado tu patria, nuestra madre co mun... eres indigno de los abrazos de tu hija!

MON. Heberto... por piedad!.. (*aterrado.*) En nombr de tu hijo...

HEB. En nombre de mi pais te rechazo.

MON. Basta de súplicas... Apoderaos de ese hombre. (*sus lacayos.*)

HEB. Atrás, canalla asalariada. (*sacando sus pistolas.* al primero que dé un paso, lo mato. (*marcha hác atrás, conteniéndolos con las pistolas, dirigiéndose la verja que está abierta.*) Conde de Montalvan, olv das que aun no he dado mi dimision?.. Que soy au el conserge de este castillo, y la prueba... (*cierra v vamente la verja por fuera.*) la prueba es que te e cierro. Quizás no vea mas á mi emperador, pero tampoco verás á tu hija! (*todos se lanzan á la verj Heberto les presenta el cañon de las pistolas.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Un pequeño puerto de mar junto á la isla de San Elena. A la derecha una casucha con unos escaloncillo al foro una gran roca que domina sobre el mar. En últ mo término la isla de Santa Elena. Al alzarse el tel empieza á aclarar el dia.

ESCENA PRIMERA.

EUGENIO, CATALINA.

CAT. (*llamando á la puerta de la casilla.*) Heberto Josefina! Heberto! Nadie!

EUG. Ah! sois vos, señora Catalina? (*saliendo por la quierda.*)

CAT. Y tu padre? Y Josefina? Dónde están?

EUG. No lo adivinais? Mi pobre padre...

CAT. Se ha levantado tambien esta noche? Ya me lo guraba!.. Ayer no ha cesado de hablar de sus camp ñas, y su pobre cabeza...

EUG. Ah! Hace seis años que ha venido á fijarse en ta pequeña aldea, á la orilla del mar, con el deseo estar viendo la isla de Santa Elena, que está ahi frente, y tener á menudo noticias del emperador pero su salud se ha debilitado de dia en dia... nombre de Heberto que ha querido cambiar por de Gerónimo para escapar, segun dice, á las persec ciones del nuevo gobierno... su genio... el abando en que estamos, y por último, la herida en la cab que se le abre tan á menudo... todo esto, parece ber turbado su razon!..

CAT. Es verdad; hay momentos, cuando está en esa ca elevada y que mira si descubre algun buque en horizonte...

EUG. Es porque espera que vuelva el cautivo; est su pensamiento de todos los dias; su sueño de to las noches. Tambien hace tres meses que apenas clina la cabeza en la almohada; se siente agitado anima, se levanta muchas veces, sale de la casa p sa de los sueños mas horribles, creyendo visitar lugares que ha recorrido con su emperador. De que he entrado en casa del armador Juan, Jose es quien se encarga de ese cuidado. Pero el dia pieza á brillar... no me engaño... Ella es!.. (*v foro.*)

ESCENA II.

Los mismos, JOSEFINA.

EUG. Qué noticias... (*saliéndola al encuentro.*)

JOS. Chit! Silencio!

. Se ha levantado hoy tambien?
. Si; pero yo estaba despierta y le he seguido.
. Pero en dónde está ahora?
. Se ha detenido allá abajo, en la plaza que él llama en sus sueños el campo de Austerliz.
. Callaos!.. Aqui está!

ESCENA III.

Dichos, Heberto.

halla en estado de enagenamiento; parece aniquilado s por el dolor, que por la edad: atraviesa lentamen- l teatro y viene á sentarse en el banco de piedra que á delante de la casilla. Todos siguen sus movimientos con ansiedad.

B. Treinta leguas en dos dias, y esto sin poder reunirme con él... En dònde estará?.. Dios mio, Dios mio! Si no le encontraré?.. Si no podré decirle que desconfie del conde de Montalvan!.. (*se sienta y queda como absorto.*)
G. Siempre ese hombre!
S. Quién es ese conde, Eugenio?
G. (*con embarazo.*) Era... era un enemigo implacable del emperador y de Heberto.
S. Que su nombre sea despreciado! (*con fuerza.*)
T. Cállate, cállate, Josefina!
G. Veis!.. su frente palidece... sus labios tiemblan... Cuánto debe sufrir!.. Vá á volver en si, y ya sabeis que su agitacion es mayor cuando vé mucha gente á su al rededor... Dejadme solo con él, dejadme! (*entran en la casa.*)

ESCENA IV.

Heberto, Eugenio.

UG. Siempre su mirada fija! (*mirándole con dolor.*) Pobre viejo! Un dia tan arrogante en cien campos de batalla! Qué profundas huellas han dejado en su espíritu y en su rostro los pesares! Padre mio! Padre mio
IEB. Quién me llama? (*volviendo en si, dice con voz apagada.*) He oido pronunciar mi nombre! Ah! eres tú, eres tú, hijo mio?
UG. Si, padre.
IEB. Y Josefina?
UG. Ha ido á orar por vos y por el emperador.
IEB. El emperador! Dime, se escapará de la roca en que le tienen encadenado?
UG. Se escapará como de la isla de Elva.
IEB. Y Miguel?
UG. Desde que ha sido nombrado músico de la iglesia...
HEB. Pobrecillo!
EUG. Y qué necesidad tiene de servir á nadie? No les dá para vivir la cantina que han puesto?
HEB. Para vivir y para socorrer al viejo compañero... que ya no tiene nada... porque todas sus economias las ha gastado en la educacion de Josefina.
EUG. Y habeis hecho muy bien, padre; porque algun dia os pediré su mano.
HEB. Cállate! Cállate! Josefina ser la esposa de mi hijo! Para que digan despues que he especulado con la rica heredera de los condes de Montalvan? Oh! nunca! Nunca!
EUG. Infelices de nosotros!

ESCENA V.

Dichos y Miguel.

MIG. (*entra muy de prisa.*) He aprovechado un instante de descanso para venir corriendo á deciros una cosa muy importante.
HEB. Habla, Miguel, habla.
MIG. Ya sabeis que se esperaba un nuevo magistrado. A que no adivinais quién es?
HEB. Quién?
MIG. El conde de Montalvan!.. Lo he reconocido al momento.
HEB. Montalvan aqui!.. Oh! es preciso escapar de sus garras nuevamente.
EUG. Si, teneis razon.
HEB. Pero cómo?
MIG. Un brik se dá hoy á la vela.
HEB. Partamos en él... Yo corro á asegurar nuestro pasage... Di á Catalina que disponga á Josefina, y que nos lleve á bordo los objetos mas necesarios.
EUG. Corro al momento. (*entra en la casa.*)
HEB. Tú, Miguel, me acompañarás al buque! (*se apoya en su brazo, y ya se aleja, cuando aparece Montalvan.*)

ESCENA VI.

Dichos, Montalvan.

MON. Esta vez, Heberto, tratareis inútilmente de escaparos.
HEB. (Ya no es tiempo.)
MON. Vengo por mi hija. (*á media voz.*)
HEB. Ah! el último golpe! Déjanos! (*á Miguel que se retira.*)
MON. Por espacio de mucho tiempo he perdido tus huellas, pero al fin las encontré. Tú eres el granadero de la brigada 32, que ha educado á mi hija... Lo he descubierto todo... mi hija está aqui, y vas á devolvérmela al momento.
HEB. (Josefina! Mi Josefina!)
MON. Espero que en lo porvenir debe cesar toda enemistad, y que nada alcanzará á separarnos; porque el objeto de tu culto, el de mi odio, dentro de un instante no se alzará entre nosotros.
HEB. Qué es lo que quereis decir?
MON. El emperador Napoleon espira en este momento en la isla de Santa Elena... Tres cañonazos nos anunciarán en breve su muerte.
HEB. Ah! si!.. (*con esplosion.*) El conde de Montalvan debia ser quien me anunciase esa noticia.
MON Heberto...
HEB. Si... (*alzándose poco á poco.*) Quereis á vuestra hija, no es verdad?.. Pues bien... señor conde... voy á devolvérosla... (*llamando con fuerza.*) Miguel, Catalina, Eugenio, Josefina!.. Venid todos!..

ESCENA VII.

Dichos, Catalina, Miguel, Eugenio, Josefina.

MON. Ella es!
HEB. Señorita!..
JOS. Señorita?
HEB. Asi debo llamaros en adelante; el viejo soldado robó el cariño que debiais á vuestro padre... el viejo soldado cuando espira el héroe á quien lo debe todo...
CAT. Quién, Heberto?..
MIG. Napoleon?
HEB. Si, tres cañonazos nos anunciarán en breve su muerte...
JOS. Pero mi padre...
HEB. Vuestro padre es un noble, un noble que como otros muchos ha vendido á su pais, y que ahora, por premio de su traicion, viene coronado de gloria y de honores á tenderos los brazos... Señor conde de Montalvan, ahi teneis á vuestra hija...

Jos. Padre!

Mon. Heberto, Josefina será la esposa de tu hijo.

Heb. Silencio y no me insulteis! Vuestra ilustre sangre no debe nunca mezclarse con la mia... Ven, Eugenio, ven, Catalina; ven, Miguel... (*primer cañonazo.*) Los nobles con los nobles, los plebeyos con los plebeyos. Ah! (*silencio profundo; segundo cañonazo; se cubre el rostro con las manos, y llora; tercer cañonazo.*) Oh! reid, señor conde! Gozad de vuestro triunfo! Los estrangeros y los traidores han vencido... Pero no os vanaglorieis mucho, que el sol de la libertad no morirá, interin existan en la Europa, veteranos como yo, é hijos del pueblo, como este.

Gobierno de la Provincia de Madrid.=Madrid 21 de diciembre de 1853.=*Examinada por el Sr. Censor de turno, y de conformidad con su dictámen, puede representarse.*=Zaragoza.

FIN.

Madrid, 1854.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.

Vista de la decoracion de campamento en el acto segundo.